El **DENTOL** es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.
El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.
Acostúmbrese a usar diariamente el **DENTOL**, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes.
El **DENTOL** destruye el sarro.

De venta en toda la República a los precios de:

$0.20 tubo mediano
0.40 tubo grande.

Dentol

Distribuidores Exclusivos:
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD
Apartado 2143
Habana.

DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 24 DE JULIO, DE 1938

Suplemento Dominical

En Este Número:

★

LA FIGURA FOTOGÉNICA
Reportaje Especial de Hollywood

★

EL SAJÓN: UN BUEN MARIDO

★

LAS NIÑAS NO DEBEN PINTARSE
Crónica de Belleza por Graciela Rivas.

★

CLARK GABLE EL HOMBRE DE DESTINO

★

EL ANTIFAZ
Cuento Breve

★

Trucutú • Rod Rian, Myra la Intrépida y Otras Historietas en Bellos Colores

★

M.E.C.D. 2016

Los Conquistadores

por

RALPH WOLFE Y GLENN CHAFFIN

SÚBITAMENTE, EL PEQUEÑO GRUPO DE EXPEDICIONARIOS QUE SE DIRIGE A CHICAGO, CAMINO DE CALIFORNIA, ES DETENIDO EN LA RUTA POR EL NOTORIO SALTEADOR DANIEL LA MUERTE.. LA AVENTURA, ADEMÁS DE PELIGROSA, VA A COSTARLE MUY CARA A LOS EXPEDICIONARIOS...

¡BÁJESE, HOMBRE, Y ABRA ESA PUERTA! ¡Y RECUERDE, AL MENOR MOVIMIENTO SOSPECHOSO, DISPARARÉ!

¡DIANTRES...! ¡BANDIDOS Y LADRONES!

¡BAJEN TODOS, PRONTO!

¿PERO, ANNIE, QUÉ ES ESTO?

¡NADA, DAME ACA, EL DINERO!, ¡QUÉDATE AQUÍ, SUSANA!

¡LOS GRANDES DE PIE Y QUIETOS MIENTRAS LOS REGISTRO! ¡LOS CHICOS, SUBAN AL COCHE, QUE NO LES ROBARÉ...!

¿Y LAS MUJERES, TAMBIÉN?

¡SÓLO EN CASO NECESARIO, SEÑORA! ALGUNAS VECES LOS HOMBRES LES DAN EL DINERO!

¡UD. ES UN CRIMINAL -- ESO ES!

POR LO VISTO, TIENEN MUY POCO DINERO; ¡DEME ESA CARTERA, SEÑORA!!

¡NO TIENE NI UN CENTAVO! ¿QUÉ ES ESTO — UNA JIRA AL CAMPO?

¡DEMONTRES, SE HAN LLEVADO EL DINERO!

¡OIGA, OIGA, HE DETENIDO ESTA DILIGENCIA POR DINERO! ¡DÍGAME DÓNDE ESTÁ O APRIETO EL GATILLO! ¡PRONTO!

¡YO NO SÉ DÓNDE ESTÁ! ¡TENÍAMOS DINERO -- SE LO DI A MI MUJER, PERO PARECE QUE NOS HAN ROBADO ANTES...!

¡YO NO SÉ DEL DINERO! ¡QUIZÁS SE LO PRESTASTE A RAMSAY EN CHICAGO! ¿NO CREES?

¡VAMOS, AMIGOS, PÓNGANSE DE ACUERDO Y PIENSEN CON RAPIDEZ! ¿DÓNDE ESTÁ?

CONTINUARÁ

SUNG

74

LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER.

«¡SI QUIERE ANTICIPARSE EN ALGO, PUEDE ANTICIPARSE EN LA CUENTA DEL HOSPITAL, SR. MORGAN!

«¡ESTA SOGA DE FAKIR ME LA TRAJE DE LA INDIA!»

PERINQUILLA

Z Z Z Z Z Z Z Z Z

«¡A VER SI IMITA EL RUIDO DEL TRIQUITRAQUI!»

«¡YA TRAEN A ESE MAJADERO, A REPETIR LAS COSAS GRACIOSAS QUE LE DICE SU PAPÁ!»

«¿ME LLAMA A MÍ?»

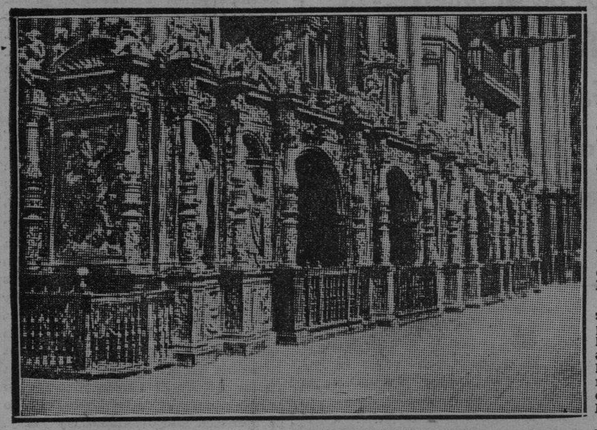
«¡DEJAME PONERME LOS ESPEJUELOS Y TE DIRÉ QUÉ ANIMAL ES ESTE!»

ELEFANTE

FRED NEHER

M.E.C.D. 2016

SANTA ENGRACIA Y LOS DIECIOCHO MARTIRES DE ZARAGOZA



Detalle de la Seo-Nave central.

ERA en el año 304. Faltaba poco, sin embargo, para el día en que después de tres siglos de persecuciones, el Imperio romano reconociera oficialmente el cristianismo. Pero aun Constantino no había llegado al trono y la décima y última persecución ordenada por Diocleciano se desarrollaba con toda violencia, no sólo en Roma, sino hasta en los rincones más lejanos del Imperio.

España era el teatro de los mayores horrores. Decio había desencadenado sobre los cristianos toda la fuerza de su impiedad, y extremaba la aplicación de las órdenes que le llegaban de Roma. «Los suplicios—dice un historiador—, eran horribles. Los que eran ciudadanos eran decapitados; los demás eran arrojados a las fieras en el circo, quemados vivos, crucificados o atormentados con todo el refinamiento de la antigua barbarie. Los verdugos no respetaban ni la edad ni el sexo. Sentaban a los ancianos en sillas de hierro puestas al rojo. Jóvenes vírgenes eran desgarradas por leones o muertas a cornadas por los toros. Pero los condenados no renunciaban por eso a su fe. Consideraban la muerte como un favor de Dios que les permitía testimoniar públicamente que

En casi todos los hogares de Zaragoza hay un rincón consagrado a Santa Engracia y sus dieciocho compañeros de martirio y que diariamente se cubre de flores.

eran cristianos».

Todo eso tenía aún caracteres más horribles en los pueblos sometidos a la fuerza de Roma. Y España era uno de esos pueblos. La guerra de dominación que había empezado en el año 218 antes de J. C., duraba casi un siglo. En el primer desembarco de un ejército para cortar las comunicaciones a Aníbal, los romanos habían fracasado. Escipión el Africano, que era joven entonces, tomó el mando y batió a Asdrúbal, tomó Cartagena y Cádiz, y sometió al país en doce años. Pero aquella dominación duró poco, pues, los abusos cometidos por los romanos motivaron la sublevación de los españoles, y la lucha en grupos aislados. Viriato era el jefe de esa insurrección, y el Senado romano, viendo en él a un caudillo terrible, lo mandó asesinar. Sólo después del heroico sitio de Numancia, que es ejemplo de valor militar en la historia, España logró ser sometida por entero.

El Pilar, la torre de la Seo y el Ebro, en Zaragoza.

Cuatro siglos habían transcurrido desde entonces. Pero siempre los gobernadores romanos hacían sentir en toda forma a la gente de España su calidad de gente sometida. Y en el año 304 de nuestra Era la persecución de cristianos fué un medio de hacer sentir ese odio contra el peninsular.

Horribles actos de persecución contra los cristianos se desarrollaban en esos días, y en especial, en Zaragoza, sede del gobernador Decio.

Volvamos la mirada por un instante hacia otro punto de España. En una ciudad ubicada al sur de Zaragoza vivía una familia noble que tenía una hija bellísima, y de un corazón consagrado a la virtud y a la fe. Como heredera de príncipes, Engracia había recibido una educación esmerada, y conocido la vida de los mártires que en Roma y otros puntos del Imperio estaban escribiendo con su sacrificio la magnífica página de los comienzos de una religión que debía abrazar a todo el mundo. No sólo era feliz con ser ella cristiana. Había logrado llevar la nueva fe a los corazones de la juventud de su ciudad. Y los jóvenes nobles y las niñas de más selecta cultura eran sus compañeras en la oración y en las obras piadosas que realizaba.

La fama de su belleza y de su corazón había traspasado la frontera de España. Y un día llegó hasta el castillo de los padres de Engracia un embajador que, a nombre de un príncipe de la Galia, pedía su mano. Era un joven cristiano y Engracia dió su consentimiento, con gran júbilo de sus padres que veían la felicidad de su hija en aquella unión.

Cuando se pensaba en la escolta que la princesa habría de llevar para llegar hasta Francia, donde residía su novio, varios de los jóvenes y niñas que hacían habitualmente compañía a Engracia, ofrecieron, con la autorización de sus padres, formarle el cortejo durante las largas jornadas. Y fué así como en un día de primavera la bella novia partió del castillo de sus padres con su brillante cortejo que representaba a lo más selecto de la juventud de su patria.

La princesa, después de algunos días de jornada, hubo de detenerse en la ciudad de Zaragoza. Allí la esperaba un mensajero con recados que le enviaba su novio, quien le expresaba su amor y su deseo de poderla acompañar lo más pronto hacia el altar cristiano. Aquellas misivas y los sueños que embellecían su viaje nupcial, no eran, con todo su mágico poder, lo suficiente para hacerle olvidar por un instante sus deberes cristianos para los que sufrían. Y, acompañada de su cortejo, después de entregarse a la oración, salió a los barrios pobres para repartir limosnas a los necesitados, y palabras de consuelo a los afligidos. Impúsose entonces de los actos de crueldad que se estaban desarrollando en las calles; y al sentimiento de piedad y de tristeza que esa persecución contra los cristianos despertaba en ella, siguió el de justa indignación.

—¡Iré a defender a los cristianos y desafiaré la furia de Decio!—gritó la joven.

Era tal la comunión de pensamiento que existía entre Engracia y los jóvenes y niñas de su séquito que todos se agruparon a su alrededor y le dijeron que la acompañarían en esa empresa, aunque tuvieran que arrostrar los más horribles sufrimientos y perder la vida.

Llevada con su cortejo a presencia del Gobernador, ella inició una brillante defensa de los cristianos. Decio llamó entonces a los doctores de su Corte para que apagasen sus razonamientos con falsas verdades. Pero, ante el asombro de todos, Engracia opinó con una claridad tal que los doctores se retiraron avergonzados.

Esto no hizo sino que exasperar a Decio. Llamando a sus verdugos entregó al suplicio a la joven Engracia. Los más horrorosos tormentos le fueron aplicados. Su bello rostro fué despedazado y su cuerpo cubierto de heridas. Pero la Santa no dejó en ningún momento de orar y de condenar al tirano por su persecución contra la fe.

Uno a uno fueron muriendo por el suplicio los jóvenes y niñas que formaban su cortejo nupcial. Y sólo Engracia permanecía con vida, sin que las espadas que cruzaban su cuerpo ni las quemaduras que cubrían su piel pudieran extinguirle la vida.

Según algunos biógrafos, su existencia terminó poco después de haber quedado abandonada como muerta. Según otros, habría curado totalmente de sus heridas, sepultado ella misma a sus compañeros de martirio y vivido muchos años entregada a las obras de bien y a la oración. Sus reliquias se conservan en la ciudad

En varias regiones de Europa, toda novia, antes de avanzar hacia el altar, invoca el nombre de Santa Engracia.

que presenció su martirio, y un altar está consagrado a su veneración en esa joya arquitectónica de la Edad Media que posee Zaragoza, y que se llama la Catedral de la Virgen del Pilar.

Hasta ese altar, y hasta los innumerables que existen en las iglesias de la tierra, llegan millares de fieles a pedir felicidad para el hogar que se va a formar. Santa Engracia bendice las uniones cristianas y los novios piden su protección.

Gabriel de León.

En varios de los puntos del camino que cruzó Santa Engracia, antes de llegar a Zaragoza, se levantan hoy antiguos templos y capillas consagrados a su veneración.

La Señorita de Marsan

por

Carlos Nodier

PRIMER EPISODIO

Los carbonari.

El vivo interés que sentía por las nobles resistencias de los pueblos contra las invasiones de Napoleón, cuyo afán me había llevado a Venecia hacia el final de 1808, no me hacía olvidar que era francés y que costaría mucha sangre francesa la conflagración para la que se preparaba entonces una parte de Europa. Aunque admiraba la liga armada que silenciosamente se formaba en el norte de Italia, yo no quería tomar en ella parte activa, y no pensaba en otra cosa que en proseguir mis exploraciones de viajero naturalista por las inmensas playas de Iliria, regiones casi desconocidas de sabios y poetas. Era éste el único objeto de mi reciente emigración, aparte de la necesidad de escapar por fin a las obstinadas persecuciones de la policía imperial, menos vigilante y rigurosa en los países conquistados que bajo la mirada del Señor. Sin embargo, yo no podía arrancarme de Venecia, y fácilmente se comprenderá por qué; estaba otra vez enamorado, aunque Amelia no hubiese dejado de estar presente en mi memoria desde el día e que nos separamos para siempre. En el corazón del hombre hay misterios en apariencia incomprensibles.

Entre los antiguos emigrados que me habían acogido benévolamente, en gracia a mi condición de francés, a mis ideas y desdichas, había uno que me inspiraba el más profundo respeto y cariño Puedo nombrarle sin inconveniente, porque su familia — perfectamente ajena a la que lleva aún el mismo nombre—se ha extinguido hace tiempo, excepto una persona que jamás me leerá ni oirá nunca hablar de mí. Era el señor de Marsán.

El señor de Marsán, al que quizá recuerden algunos viejos cortesanos, había sido uno de los más brillantes oficiales de la casa militar de Luis XVI. Su noble figura, sus elegantes modales, su talento y su valor le habían distinguido en una época y en una corte en que no eran muy raras estas felices prendas personales. A ellas debió una rápida carrera, que no produjo ninguna reclamación, y un cargo brillante, que todo el mundo aplaudió. Su hija, nacida en 1788, fué sacada de pila, en nombre de la reina de Francia, por aquella de las amigas de esta augusta e infortunada soberana que gozaba de más influencia en Versalles. La hija del señor de Marsán se llamaba Diana.

El señor de Marsán, muy agotado además por las fatigas de la guerra, era viejo ya en 1808. Se había casado a los treinta y cinco años y había perdido tres hijos antes de que el cielo le concediese la hija única, en la que había concentrado todos sus afectos. La señora de Marsán, agregada al servicio de las infantas hermanas del rey, no había sobrevivido apenas a su llegada a Trieste. Ella las precedió en la tumba.

El viejo emigrado llegó a sacar algún provecho de sus largas desdichas; se había hecho filósofo. Dueño de una fortuna que bastaba para satisfacer con creces sus modestas necesidades, y prudentemente preservado con las precauciones que había tomado, en vista de la catástrofe universal, repartía apaciblemente el resto de su vida entre agradables estudios y distracciones sedentarias. La afición por la Historia Natural nos hizo intimar en seguida, y yo no faltaba ninguna noche a su partida de piqué. Su predilección por mí, entre todos los jóvenes de cuya conversación gustaba, había tomado en poco tiempo un aire paternal que hubiera podido dar celos a Diana. Nunca observé que le concediera importancia a esa vanidad, en verdad bastante pueril, que se llama prejuicio de la nobleza, y no obstante, estoy convencido de que algunas veces sentía que yo no fuese noble, hasta el punto de tener que hacer algún esfuerzo sobre sí mismo para olvidarlo.

—A usted le toca, señor caballero — me decía un día dándome las cartas.

Y no sé en cuál de las criptas de mis recuerdos, cerradas desde hace veinte años, voy a encontrar estos frívolos detalles.

—No soy caballero —exclamé riendo antes de barajarlas.

—Por mi fe de cristiano —replicó el señor de Marsán— afirmó que los gentileshombres de mi casa han armado a algunos menos dignos que usted de este honor.

—Supongo —respondí levantándome y yendo hacia él—que no sería sin darles el espaldarazo (1).

Había que disculparle, sin embargo, su violenta y apasionada testarudez sobre una cuestión que en aquel tiempo era tema frecuente de las conversaciones. Sólo el oír la palabra revolución le producía una verdadera revolución, y aunque creía como infalible el próximo restablecimiento de los Borbones en el trono de sus padres, se había jurado no volver nunca a París, pues le parecía que todas las piedras de esta ciudad debían estar bañadas aún con la sangre de los proscriptos. No se libraban de esta antipatía contra todos los movimientos políticos de la misma índole ni los conspiradores de su propio partido, y censuraba duramente a los insensatos que quieren precipitar los seguros y equitativos decretos de la Providencia, en cuyas manos él depositaba su vida, sin reparar en las sabias contemporizaciones de la prudencia de Dios. Estas ideas se manifestaban tan rápida y profundamente en sus discursos, que me impidieron a tiempo que le confiara todos los secretos de mi turbulenta juventud, y mucho menos las relaciones que había tenido a mi llegada a Venecia con los «carbonari» y los emisarios de a «Tungend-Bund», cuyo nombre no le inspiraba menos horror que el de los jacobinos. Hay que reconocer, por los demás, que yo comenzaba a sentir cierta inclinación por sus ideas aun antes de conocerlas, y que no seguía sujeto a la peligrosa red de las sociedades secretas más que por la imposibilidad de desasirse sin violencia. Yo tenía veintiséis años experimentados en adversidades casi sin igual para mi edad, y el gusto por las ocupaciones tranquilas y los gratos estudios me recordaba incesantemente otro género de vida del que no debiera haber salido. Pero de cuando en cuando sucedía que mis pasiones tormentosas podían más y me hundían en un nuevo caos de agitaciones y miserias, del que mi corazón no podía escapasarse sino aferrándose a la esperanza de una dicha durable.

Esta era la dicha que mi insensata imaginación se obstinaba en buscar en el amor.

Diana de Marsán tenía veinte años y no aparentaba menos, pues su tez viva y brillante por otra parte, aunque un poco tostada, como es en general la de las venecianas, carecía de esa frescura que es a la piel de la mujer lo que a las frutas cogidas en el árbol la fugitiva pelusilla que las colora. Su tipo alto y fuerte le daba un aspecto algo imponente, acentuando por la habitual expresión de su rostro. No se podía saber si su mirada triste y severa, si el palpitar inquieto y altivo de sus pestañas, si el gesto desdeñoso y amargo de su boca provenían de un pesar oculto o de un desencanto prematuro. Así la estatuaria antigua ha representado a esa Diana verdaderamente divina que el cincel del escultor, como la mitología, hizo que fuera digna hermana de Apolo. No era sólo mía esta impresión de Diana, pues el más célebre de los poetas de la época le reprochaba al final de uno de sus sonetos que estuviera formada de un mármol tan frío como el de Velletri. Aparte de esto, Diana era, como todo el mundo lo reconocía, la más bella de las muchachas de Venecia.

El corazón del hombre, y especialmente el de los enamorados, se exalta con las dificultades. Yo amaba a Diana quizá mucho más porque todo me decía que ella no quería amarme. En cuanto a las consecuencias de este sentimiento, no podían asustarme. La fortuna de Diana era

(1) «Sans leur donner l'accolade». Juego de palabras intraducible. «Accolade» significa abrazo y espaldarazo. El lector comprenderá bien la intención del autor. —N. del E.

M.E.C.D. 2016

demasiado mísera para que tentara a los pretendientes temibles, y la condición de un viejo gentilhombre francés desterrado a orillas de las lagunas no ofrecía más posibilidades para la ambición de un yerno que para su avaricia. Por el contrario, mi futura posición debía aumentar, según mis apariencias, con el triunfo de mi partido, cosa que el señor de Marsán daba por seguro. ¡Había yo arriesgado tanto, tanto había sufrido y son tan agradecidos los reyes felices! Diana no se engañó sobre la pasión que me inspiraba: las mujeres no se engañan nunca en estos asuntos. Sin embargo, yo no advertí su descubrimiento más que en el obscurecimiento siniestro de su mirada y en la severidad, cada vez mayor, que ponía en sus palabras al dirigirse a mí. Yo me hubiera explicado este rigor, siempre creciente en sus modales, por la diferencia de nuestras clases—pues yo sabía lo que es el orgullo de la nobleza y cómo puede llegar a afectar las formas del odio—, si Diana hubiese conocido este detalle; pero ya he dicho que el señor de Marsán se había empeñado en ennoblecerme, y desde el día memorable en que de él recibí las órdenes de la caballería, de uno a otro lado de la mesa de juego, el título de caballero se había de tal manera identificado con el nombre honrado, pero obscuro, que he recibido de mis antepasados, que los Chérin y los de Hozier no se hubieran atrevido a discutirmelo. Y basta conocer el carácter hiperbólico de los venecianos, sobre todo en la clase baja, para estar seguro de que la cortesía de los criados no había de reparar en tan poca cosa. Si en el salón no era más que el gentilhombre necesario, en cambio en la antesala era lo menos conde y quizá ilustrísimo conde. Acabé por no preocuparme de esto, y sufrí sin pesar una metamorfosis que humillaba un poco mi franqueza y mi modestia por no herir la vanidad caprichosa, pero inocente, de un gran señor en quien había encontrado un amigo.

Yo me había prometido comenzar por esta explicación cuando Diana me diera la menor prueba de corresponder a mis sentimientos; pero me ahorró la molestia. Su frialdad rápidamente llegó a la rudeza y su indiferencia al desdén. Al cabo de algunos días no había manera de engañarse, y aunque un hombre estuviera más convencido de lo que yo lo estuve nunca de su ascendiente sobre el corazón de las mujeres no hubiera dudado en renunciar, como yo lo hice a unas pretensiones sin esperanza.

Algunos jóvenes de Venecia, con más méritos que yo, me habían dado el ejemplo de este sacrificio.

Yo no me enfadé. Sólo me hubiera faltado esto para ser completamente ridículo. No lloré tampoco. Sólo se llora cuando hay que renunciar a unirse a la mujer que a uno le ama. Me indigné, me revolví contra mí mismo, me mordí los puños de rabia; pretexté indisposiciones, ocupaciones, viajes para explicar lo espaciado de mis visitas. Jugué fuerte me batí en duelo y luego volví a caer frenético en los temerarios complots de los que un mes antes me creí separado para siempre. Me regocijaba la idea de morir de una manera trágica y gloriosa, pensando que ella se avergonzaría de haberme despreciado. Me mecía en esta furiosa fantasía de conspiraciones, proscripciones y suplicios como en un sueño de amor y voluptuosidad. En una palabra: me volví loco.

Nuestras asambleas se celebraban en la habitación más destrozada de un viejo palacio de los alrededores de Rialto, que estaba abandonado también desde hacía mucho tiempo. No nombraré a su propietario, porque la alta posición que actualmente ocupa en una corte de Alemania le habrá probablemente desengañado de nuestras locas teorías populares.

El no aparecía por allí; pero lo había dejado a disposición de uno de nuestros jefes al retirarse a la campiña de

Venecia o quizá un poco más lejos aún del peligro. Es casi inútil decir de qué clase de hombres se componían estas reuniones clandestinas. Es fácil adivinarlo sin tener un gran conocimiento de las tramas políticas y aun sin haberse entregado a un profundo estudio de la historia. Cinco o seis jóvenes sensibles y generosos, pero agriados por las desdichas de la humanidad y los excesos de los tiranos, ocupaban un lugar casi imperceptible, y como yo, desengañados poco a poco, cada vez iban con menos frecuencia. Los demás eran lo que es en todas partes la multitud de enemigos del orden establecido, sea el que fuere: una taifa de ambiciosos sin talento cuyas pretensiones crecen y se exageran en razón de su nulidad; hombres llenos de deudas, de malas costumbres y reputación, viles desechos del fa-

sear sería que este secreto fuera conocido por todos los hombres sinceros y abnegados que comprometen su vida en la defensa de las coronas, porque esta reserva mental consistía en la intención, cobardemente premeditada, de sacrificarlos a la necesidad de una combinación de paz. No obstante, esta organización hubiera sido incompleta si no hubiera penetrado hasta en el corazón de los Estados sometidos al gran emperador por las victorias y los tratados. No había ni una ciudad donde no se encontrasen los elementos necesarios para su desarrollo. Tal era el fin de esas audaces propagandas de la libertad europea que alzaban aquí y allí barreras de hombres contra el opresor del mundo; puestos aventureros de iluminados que marchaban delante de la santa alianza de los pueblos hacia el campo enemigo y que hubieran sido poderosísimos si hubieran sido más puros.

Hasta cierto punto estoy abusando de los privilegios de narrador al meter esta página de historia en una obrita que no promete ser más que novela; pero los que no conocen la historia de cerca la tomarán como página de novela; y éste ser el que menos me inquiete de todos los juicios que sobre ella puedan hacer.

El primitivo objeto del «carbonarismo» de aquel tiempo—que no tenía nada de común con el que hoy aparece informemente ante nosotros, parecido a esos monstruos gigantescos y horribles que brotaron del caos en la primera época de la creación—era el más noble de cuantos fines puede proponerse una conspiración. No tenía más objeto que la piadosa confederación de los patriotas de todos los países contra los progresos de un insaciable despotismo que aspiraba descaradamente a la monarquía universal, y dividía a Europa en prefecturas para darlas a sus capitanes. Esta noble idea había sacudido profundamente todos los corazones en los países donde aún se estimaban la independencia y la felicidad de la tierra natal, pero principalmente en Italia y Alemania. No hablo de la virtuosa y cristiana Polonia, que se había convertido en auxiliar del conquistador sugestionada por la fortuna de éste, y cuya terrible fatalidad de posición reducía siempre a ser pasto de un tirano.

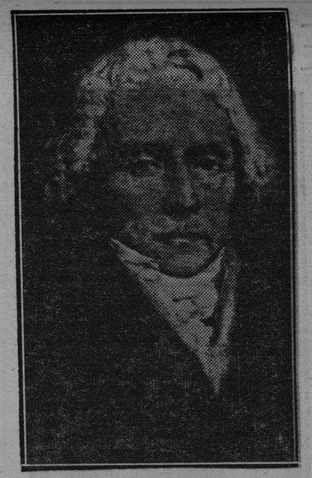
El movimiento que estas graves cuestiones imprimieron al pensamiento de los pueblos hizo que se descubrieran otros. A fuerza de ocuparse de las garantías del equilibrio universal se exhumaban todos los días restos de antiguas libertades que las progresivas usurpaciones del Poder destruyeron lentamente y que son propiedad imprescriptible de las naciones. Era una ocasión magnífica para reclamarlas, y entonces sucedió lo que nunca había sucedido y quizá no vuelva a suceder: una estipulación amistosa solemnemente prometida por pueblos y reyes jurada en los palacios, guardada en las cabañas y cuyos términos sinalagmáticos eran, por una parte: «Resistencia unánime contra los ejércitos de Napoleón», y por otra: «Franco y completo reconocimiento de los derechos políticos, escritos antiguamente en todos los Estados de la Alianza». Quizá este contrato no se encuentre entre los documentos oficiales de la diplomacia, y no creo que la historia, hasta hoy, se haya ocupado mucho de él; pero la historia, en Francia, no sabe nada y no dice por otra parte, más que lo que la obligan a decir cuando le permiten que intereses, tan cruelmente traicionados hable. Esta combinación accidental de por los acontecimientos, fué además demasiado fugaz para que se pudieran recoger todos sus detalles ni por los observadores más rápidos y mejor situados.

Se comprenderá que esto había realizado la posición de las sociedades secretas, que adquirieron por primera vez en el viejo régimen europeo autoridad legítima, sin aspirar aún a reemplazar a las demás autoridades legítimas para

ración y del vicio, y algunos miserables cien veces más viles que estos que sólo esperan la ocasión de vender al primer poder venido la lista de sus cómplices o de sus víctimas por el precio de un oro infame o de una ignominiosa impunidad. Ya entonces comencé a formular este juicio; pero era menos general, y sobre todo estaba menos metido en mi alma. Para llegar a creer esto hay que haberlo visto por todas partes en el curso de una larga vida.

Reconocerán que mis deseos de encontrar la muerte en semejante asamblea no eran tan vanamente prematuros como mis proyectos de amor acerca de Diana. Tenía muchas probabilidades de hallarla, y pocos hombres se hubieran querido poner en mi lugar, pues el mismo triunfo, casi ajeno a los destinos de mi patria y mío, no había de proporcionarme ni la pequeña satisfacción que nos da el poner nuestros intereses en manos de un desconocido cuyo juego nos ha gustado por casualidad. En el caso contrario, cambiaba la cosa: era el verdugo quien se llevaba mi apuesta. Esta insensata prodigalidad de la vida era efecto de una pasión sin nombre, que no pueden comprender sino los que la han sufrido. Y ninguna necesidad hay de que los demás la entiendan.

Las asociaciones de esta clase marchaban a la descubierta en todos los países donde Napoleón no se había dignado dejar a su paso su administración y sus soldados. Obraban con libertad, no reconocidas públicamente por los Gobiernos que carecían de este valor, pero aduladas, animadas y protegidas bajo mano con más astucia que habilidad, mediando cierta reserva mental. De de-



Talleyrand en las postrimerías de su vida, según el retrato de Scheffer.

Pinceladas sobre el gran político.- Al cumplirse cien años de su muerte.- El olvido oficial de Talleyrand.- Anécdotas de su vida fabulosa.- El primer gran diplomático de los tiempos modernos

delante de varios testigos, el Emperador echa en cara a Talleyrand uno de sus enjuagues poco limpios, y después de apostrofarlo duramente le lanza a modo de despedida: «Venderíais a vuestro padre». Talleyrand se retira confuso y dolido; pero antes de abandonar la pieza se vuelve a uno de los espectadores y le dice con su tono sarcástico y con voz lo bastante alta para que pudiera oirlo Napoleón: «¡Qué lástima que un hombre tan grande sea tan mal educado!»

Tales peligrosos arranques de Talleyrand los llevaba en la sangre de su estirpe. Adalberto, uno de sus antepasados, que cerca de mil años antes había hecho posible con su voto la elección de Hugo Capeto, recibió del Monarca en prueba de gratitud el título de Conde. En una ocasión que criticaba al soberano, éste, molesto por las observaciones del súbdito, lo interrumpió diciéndolo: «¡Audaz!, ¿quién te ha hecho Conde?» Y el abuelo de Talleyrand respondió: «¡Orgulloso!, ¿quién te ha hecho Rey?».

La palabra era el arma más terrible de Talleyrand. Maestro en el arte del bien decir, lo mismo sabía hablar, cautivándolas, a las damas, que con convencer, engañándolos, a los caballeros. Orgulloso de su habilidad decía entre cínico y filósofo: «La palabra ha sido daba al hombre para esconder su pensamiento». Mientras Napoleón ganaba batallas en las campiñas de Europa, Talleyrand obtenía victorias en los salones de París. Mordaz y despiadado para juzgar a los poderosos, resumía la personalidad simple de José Bonaparte en la siguiente sentencia: «Es un excelente hombre, pero un pobre Sire».

El agradecimiento es una de las virtudes que jamás florecieron en el alma de Talleyrand. Madame de Stael fué una gran protectora del hábil diplomático. Sin embargo, conociendo la poca simpatía que esta magnífica dama inspiraba a Napoleón, en una ocasión en que el Emperador le preguntase si era posible contar con su amistad, Talleyrand, en cortesano incapaz de recordar los dones recibidos en el pasado, contesta a Bonaparte: «Ella echaría sus amigos al río para pescarlos en seguida con su caña». Cuando Madame de Stael publica su novela «Corina», hubo quien quiso ver una semejanza entre Talleyrand y Madame de Vernon, una de las heroínas del libro. El desagradecido Ministro zanjó la crítica con esta frase envenenada: «Madame de Stael nos ha descrito a ambos disfrazados de mujer...»

El General Flahaut le debió dos veces la vida a Talleyrand. Una, cuando vino de tapadillo al mundo procedente del regazo de Madame Adelaida Flahuat, hija de Julia Filleul y cuñada de la Pompadour. Luis XV, sensual incorregible, hubo de engañar a su regia amante con su próxima parienta. De este soberano desliz nació la futura amante de Talleyrand. Luego, el General Flahaut, hijo de Talleyrand, era nieto de Luis XV. A poco de Waterloo, Luis XVIII hizo arrestar a Ney y a otros generales de Napoleón. Entre ellos estaba el hijo de Talleyrand, y el padre interviene cerca del Monarca pidiéndole gracia para el General Flahaut. Luis XVIII, curioso como buen Borbón, quiere saber los motivos que animan el interés de su consejero. Y Talleyrand se ve compelido a hacer pública su paternidad ocultada cuidadosamente durante treinta y cinco años. Por eso decía más arriba que dos veces el General Flahaut debió la vida a Talleyrand. Si observamos la senda posterior seguida por el hijo, vemos que honra la «stirpe» cautivadora del padre. Nombrado el «bello Dunois» tuvo el privilegio, entre innumerables conquistas, de ser el amante de Hortensia de Beauharnais, hija de Josefina y madre próxima de Napoleón III.

Carlos X supo también de la ironía de Talleyrand. En una ocasión el Monarca, sintiéndose esclavo de un destino inmutable, dijo a su Ministro en frase que quiso hacer inmortal: «Cuando amenazan a un Rey, éste no tiene más camino que el trono o el cadalso». El antiguo Obispo de Autun, respondió con pausada ironía: «Vuestra Majestad olvida que existe la silla de posta». Poco después, cuando el pueblo rugía enfurecido a las puertas de las Tullerías, Carlos X puso en práctica el consejo de Talleyrand. El gran diplomático, podría cojear de una pierna, pero su visión marchaba a pie firme para juzgar hombres y cosas.

La vida anecdótica de Talleyrand es tan copiosa y pinta su carácter acomodaticio con tan vivos colores, que sus verdaderas obras de mérito pierden importancia cuando se pretende juzgarlo. Durante más de treinta años su decisiva influencia se hizo indispensable en Francia. Desde 1800 a 1815, fué Ministro de Napoleón. Hasta el 1830 sirvió los intereses de Luis XVIII y de Carlos X, y durante ocho años aún, los últimos de su vida, supo maniobrar con éxito como Ministro de Luis Felipe. Ya viejo, decía con su habitual ironía: «Soy un gran poeta. He compuesto una trilogía en tres dinastías: acto primero, el Imperio de Bonaparte; acto segundo, la Casa de los Borbones; acto tercero, la Casa de Orleans».

Su sed de oro era infinita y bien conocida por sus soberanos. Una vez que Luis Felipe le envió a Londres en misión oficial, le dijo poco antes de partir: «No olvidéis, mi querido Embajador, que cualquier oferta que se os haga en Inglaterra, está siempre doblada por el Rey de Francia».

Mientras Talleyrand continuaba su cadena de triunfos, Napoleón en Santa Helena, esperaba la muerte. En su impotente furia, el ex-Emperador clamaba: «Si yo hubiese hecho colgar a dos hombres—Talleyrand y Fouché—yo estaría todavía en el trono». Este homenaje que puede engrandecer a Talleyrand, no resta gloria a la estrategia de Wellington.

Pero es Lamartine quien condensa mejor la personalidad de Talleyrand en frase célebre: «Cortesano del destino Talleyrand acompañaba la dicha. Servía a los fuertes y despreciaba a los inhábiles, abandonando siempre a los desgraciados».

Hace justamente hoy cien años, el día 17 de mayo de 1938, Talleyrand cerró para siempre sus ojos que tantas cosas previeron, a tantas personas fulminaron y tantas hecatombes pudieron contemplar. Para terminar, recordemos una anécdota que cuenta Victor Hugo en su diario. A su muerte fué embalsamado, a la manera de los egipcios. El vientre y el cerebro fueron sacados de sus cavidades. Cuando la operación estuvo terminada y Talleyrand colocado en su sarcófago, los médicos se retiraron, olvidando el cerebro sobre una mesa; «aquel cerebro que había pensado tantas cosas, inspirado a tantos hombres, construído tantos edificios, conducido dos revoluciones, engañado a veinte reyes, contenido al mundo». Un valet entra en la pieza vacía y encuentra el cerebro del gran diplomático sobre la mesa en que lo habían olvidado los médicos. No sabe qué hacer con el hallazgo. Y todo lo que se le ocurre, es envolverlo en un papel, salir a la calle y echarlo en una alcantarilla cercana...

El destino deparó una jugarreta macabra al gran cerebro de Talleyrand, el primer diplomático de verdadera talla de los tiempos modernos.

París, 17 de mayo de 1938.

LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS, LAS JOVENES QUE FATIGA LA FORMACION ENCUENTRAN EN EL

QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más enérgico de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

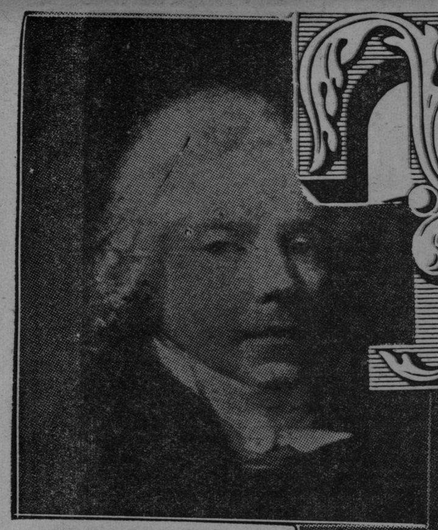
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

M.E.C.D. 2016

Talleyrand

por Renato Villaverde



UN siglo acaba de cumplirse de la muerte del primer gran diplomático de los tiempos modernos. Este hombre era francés y se llamaba Talleyrand. Casi cincuenta años de la vida de Francia se deslizaron bajo el puño enguantado de seda de aquel hombre superiormente inteligente, mitad abate y mitad demonio, que lo mismo supo presidir la Asamblea en los tiempos de la Revolución, que ser el Ministro más escuchado de Napoleón, de Luis XVIII, de Carlos X y de Luis Felipe.

El centenario de su muerte ha pasado inadvertido en Francia. Los hombres de la Tercera República no han tenido un solo acto oficial para la memoria del infatigable cruzado de la diplomacia en el siglo XIX. Talleyrand es una de las figuras que brillan con luz propia, pero de cuyos resplandores no se hace eco la Francia que, por sobre todas las cualidades, coloca la moral en un piano indispensable para rendir homenaje a sus hijos preclaros. Talleyrand sigue la misma ruta de olvido oficial que conocen los Robespierre, los Marat, los Saint-Just y casi toda la gama de aquellos hombres que en la fragua de la Revolución templaron los contornos de las libertades actuales.

Taylleyrand no fué un hombre moral. He aquí una falta que Francia no perdona. Su ostracismo se palpa aún más allá de las fronteras francesas. Ni siquiera Bélgica ha levantado una modesta estatua a Talleyrand, cuya actuación pesó tan definitivamente en el reconocimiento de su independencia.

A Talleyrand, y no sin motivo, se le acusa de un egoismo desenfrenado. Para satisfacer sus apetitos personales, jamás vaciló ante la traición. El título de «traidor» es explotado ampliamente por sus detractores. Sus enemigos afirman implacables: «Obispo, traicionó la Religión; convencional, traicionó la Convención; Ministro del Directorio traicionó a Barras en beneficio de Napoleón; potentado del Imperio, traicionó al Emperador; y dignatario de la Restauración, traicionó a los Borbones...»

Sin embargo, todos estos cambios de opinión de Talleyrand sólo beneficios trajeron para Francia. Rectificar es de sabios, reza el refrán. Y si bien es cierto que Talleyrand al variar su manera de pensar puede estimarse que traicionaba a sus antiguos amigos, adquiriendo dentro de la nueva situación el beneficio personal correspondiente, también es cierto—ampliando el ángulo crítico más allá de la personalidad de Talleyrand—que sus infidelidades podían estar inspiradas en altos sentimientos patrióticos.

Lo que no perdonan al gran hombre público sus detractores, es que durante toda su vida—con excepción del período agudo del terror que Robespierre animaba, y durante el cual se refugió en Londres y emigró después a América—, se mantuvo en el tablero político al lado de los poderosos. ¡Hasta la víspera de su muerte—el 16 de mayo de 1838—Luis Felipe fué a visitarlo en su lecho de enfermo! Las testas coronadas le rindieron homenaje inclusive en el último minuto.

Napoleón y Talleyrand formaron un binomio que no podía ritmicamente sostenerse mucho tiempo. Aquél no toleraba limitaciones a su poder, y éste no sabía adular más de lo preciso. Pero Bonaparte comprendía que necesitaba el elegante abate de la cojera parsimoniosa. La tolerancia recíproca no excluía el desprecio. El vencedor de Austerlitz, con su lenguaje de cuartel, decía refiriéndose a su Ministro: «de la m.... dans un bas de soie». En una entrevista borrascosa

Al celebrarse el centenario del gran político francés del siglo XIX, cobran un singular vigor estos retratos, ejecutados por grandes maestros de la pintura francesa. El de arriba, que se conserva en Francia, corresponde al pincel preclaro de Prudhon, y el de abajo se debe a un artista anónimo, mostrando a Talleyrand en los tiempos del famoso Congreso de Viena, que dió al traste con el poderío de Napoleón.

ensayar a su vez una clase de tiranía.

No supieron aprovechar la situación, porque se hizo sentir demasiado pronto la influencia de los egoísmos, de las ambiciones y vanidades en estos tristes conciliábulos, manchados con todos los vicios de la sociedad madre que abandonaban. No habían pasado dos meses cuando la primera unidad se deshizo en cuatro o cinco fracciones en la «vendita» (1) suprema y en las que de ésta dependían. Una había tomado los términos del tratado en una acepción tan amplia que no comprendía que la victoria pudiese servir para otra cosa que para la emancipación absoluta de los pueblos y el restablecimiento de esa funesta democracia de la que tan sangrientos recuerdos conservaba Venecia. La otra parte, que en el momento decisivo había de reunir a la mayoría, reclutando con el ascendiente del interés a todos los indecisos y corrompidos, había vendido

(1) Así se llamaban cada una de las logias o lugares de reunión de los «carbonari».—N. del T.

a Austria, con un pacto secreto, estas libertades tan vanamente guardadas. De algunos se decía que celebraban misteriosas inteligencias con el Gobierno de Napoleón para proporcionarse una transacción dorada en caso de derrota. Y el partido menos numeroso, pero seguramente más enérgico y puro, no había prometido su cooperación decidida y sincera, sino bajo la condición expresa de la independencia de los Estados venecianos y la restauración de su antigua república. Este se apoyaba afuera en la imponente coalición de montañeses y tenía por jefe uno de esos hombres resueltos de visión amplia y potente ejecución, cuyo nombre sólo vale por todo un partido.

Este jefe se llamaba Mario Cinci, apodado «el Dux», y mis simpatías particulares me habían afiliado a este partido.

Mario Cinci descendía de esta desgraciada familia romana, cuyo execrable crimen no secó las fuentes de la piedad, y que ha dado el ejemplo único de que un suplicio por parricidio estuviera regado por las lágrimas de la religión, de la justicia y del pueblo. El hermano menor de Beatriz, desterrado a perpetuidad de los Estados de la Iglesia, se había refugiado en un viejo castillo a orillas del Tagliamento, donde murió, según cuenta la tradición, abrasado por un rayo, en edad ya avanzada. Una vengadora fatalidad pesaba, de generación en generación sobre todos sus descendientes, cuya historia cronológica compone una tragedia en varios actos como la de las Pelópidas. El último había muerto en el cadalso durante la revolución italiana, y de toda esta sangre proscrita por las leyes y el cielo sólo Mario Cinci quedaba sobre la tierra.

La juventud de Mario Cinci, comenzada bajo tan fúnebres auspicios y privada de todo apoyo en la sociedad de los hombres, había sido violenta y temible. Parecía que ningún sentimiento dulce podía atemperar sus impulsos, pues las venecianas hablaban siempre de él con temor, y sólo pensar que pudieran ser amadas por él las aterrorizaba. No se le veía nunca en los lugares públicos; pero cuando recorría alguna de las estrechas calles de la ciudad, ya solo, o acompañado a lo más por algunos de sus amigos, casi tan misteriosos como él mismo, los hombres más templados se retiraban de su paso, como para librarse de la influencia de sus miradas. Sin embargo—y esto se debía a su extraño carácter o a no sé qué sombría impresión de espanto que él producía sin saberlo—, se le temía sin odiarle, como se teme a los leones; y este sentimiento no estaba lejos de esas admiraciones exaltadas que llegan a veces a convertirse en idolatría. Nadie podía reprocharle un acto injusto o una premeditada crueldad, y se contaban por el contrario una multitud de acciones generosas, pero ejecutadas sin ternura y sin simpatía. Había salvado a muchos niños, arrancándolos a las olas, y nunca los había besado. Desde los veinte años —y entonces tenía veintiocho—su fortuna, derrochaba en locas prodigalidades y en disipaciones extrañas y solitarias, le había obligado a retirarse a su triste castillo de tierra firme con un solo criado albanés que no había querido abandonarle. Desde entonces no había vuelto a frecuentar Venecia, hasta que se empezó a tener esperanza de que los asuntos de Italia tomasen un nuevo aspecto. Se sabía que había pasado hasta dos meses seguidos en la ciudad, pero nadie conocía su vivienda.

Aunque Mario Cinci era el jefe real de la «vendita», donde su poder se aumentaba aún en su ausencia, yo no le había visto nunca ni en la «vendita» ni fuera; pero conocía estos detalles por la voz del pueblo, que es más comunicativo en Venecia que en parte alguna.

En efecto: apenas había desembarca-

do Mario Cinco en los alrededores de la «Piazetta», y ya todo el pueblo lo sabía, el buen pueblo, enamorado de lo extraordinario y que se previene fácilmente en favor de los caracteres que le dominan y le espantan; y en todos los grupos situados en el puerto en la plaza de San Marcos nacían conversaciones casi tan extrañas como el hombre objeto de ellas.

—¿Qué viene a hacer aquí —decía uno —ese maldito demonio, que lleva tras sí la desgracia donde se presenta, y que siempre llega a Venecia empujado por el viento de la tempestad? ¿Anuncia alguna peste que ha estallado en Oriente o una nueva guerra sobre el mar? ¡Yo creí, como se había rumorado, que en la última tormenta lo había abrasado un rayo, pues desde hace trescientos años ningún Cinci se ha librado del furor del cielo, del puñal o del cadalso!

—Verdaderamente —añadía otro—, aunque a mí, cuando podía, me hizo más bien que mal, no me hubiera disgustado eso, pues así me hubiera quitado una preocupación, ya que tarde o temprano le tiene que suceder, porque ése es su desgraciado destino. ¡Dios le tenga misericordia en el otro mundo!

—Pero, ¿cómo? —exclamaba un tercero que parecía mejor enterado y alrededor del cual el grupo se apretaba para oír mejor—; ¿no sabéis aún lo que le trae? Desde muy niños el noble Mario no piensa más que en resucitar nuestra vieja república, con su independencia y su comercio, y sus bajeles, reyes del mar y del mundo, con su fe abandonada por los incrédulos y con la bienhechora asistencia de San Marcos. Y como tiene en su dedo meñique más valor y talento que todo el pueblo de Italia junto, es él quien nos librará de alemanes y franceses y quien será nuestro Dux. Vosotros sabéis que yo no le amo, ni se ha oído nunca decir que a Mario le amara nadie; pero pongo a Dios por testigo de que Mario Cinci será Dux de Venecia y restablecerá su prosperidad!

Estas conversaciones se repetían todos los días, y el populacho, que se alejaba cuidadosamente de Mario por miedo a excitar su cólera gritaba a su vez: «¡Viva Mario Cinci! ¡Viva el Dux de Venecia!»

He aquí por qué se le había apodado el «Dux», sin que al Gobierno esto le preocupase apenas, pues Mario pasaba por ser un misántropo atrabiliario que despreciaba demasiado a la opinión para consentir en deberle la menor cosa. Y es posible que este juicio fuera exacto.

El día de mi entrada en la «vendita» la asamblea era poco numerosa, aunque la convocación, que se hacía por un medio muy ingenioso y completamente impenetrable para las investigaciones de la Policía se expresó en esta ocasión con sus fórmulas más rigurosas. Me asombró que faltase tanta gente y que no obstante se hubiese reunido todo el partido de Mario contra sus más implacables adversarios; pero no tardé en comprender que a propósito habían alejado a los indiferentes, porque sin duda se trataba de una lucha decisiva, cuya necesidad hacía tiempo, que se presentía. En efecto; apenas se trataba en nuestros debates ordinarios otra cosa que los agravios imputados a Mario por los hombres más despreciables de la asociación, a quienes he caracterizado más arriba. Estos no dejaban nunca de decirnos cuanto nos podía hacerle mirar como un ambicioso arruinado por intereses personales, que no aspiraba a una nueva forma de Gobierno más que para restablecer el esplendor de su casa y vengar la muerte de su padre, y que cubría con el mismo desprecio a sus instrumentos y a sus enemigos. Habitualmente nosotros respondíamos a estos discursos con el grito del pueblo: «¡Viva Mario Cinci!», y nuestras discusiones quedaban ahí. Lo que yo no me explicaba claramente en esta última ocasión era qué confianza podía tener en sus fuerzas el partido contrario contra un grupo de jóvenes entusiastas cuyo heroísmo fanático era el único motivo qué sostenía mi fe en nuestras empresas. Es probable que la misma idea nos sacudiera a todos a la vez pues en el mismo instante todos nuestros puñales salieron un tercio de sus vainas; pero los volvimos a dejar caer gritando: «¡Viva Mario Cinci!», porque estábamos en número casi igual al de sus acusadores, porque nuestra juventud, nuestra fuerza y nuestro valor nos daban muchas ventajas sobre ellos, y porque la deliberación se hacía imposible si planteábamos nuestra oposición con amenazadora energía.

—¿A Mario Cinci queréis? —respondió furioso el jefe de la acusación—. Pues bien: ¡tendréis su cabeza!

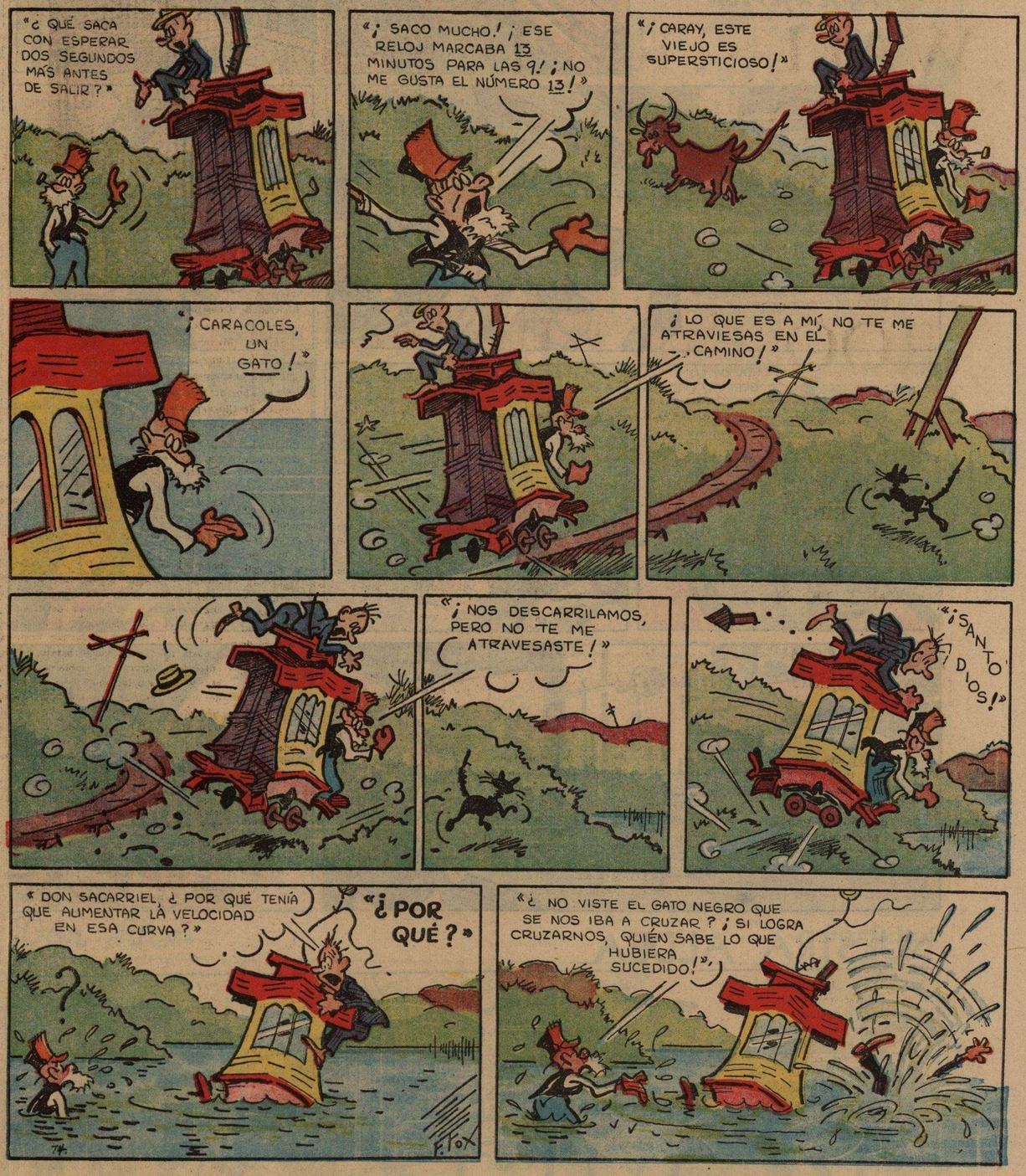
—¡Ven por ella! —dijo una voz que en el mismo momento se elevó en la puerta de entrada, mientras que el hombre que pronunciaba estas palabras se apresuraba a volverla a cerrar cuidadosamente, retiraba la llave y la deslizaba en sus bolsillos.

—«¡Viva Mario Cinci!» —repitieron mis compañeros; y nos apretujamos a su alrededor para formarle una muralla si se atrevían a atacarle. Yo le ví entonces por vez primera; pero no podría describirlo más que imperfectamente para los que no le conocen y menos para los que lo han conocido. El escritor que lo ha representado bajo la figura de un ángel de luz, encarnado con toda su belleza en el cuerpo de un titán, ha hecho una frase y nada más. Recordaba otro tipo que yo no podría explicar; quizá el de un domador de monstruos de los tiempos fabulosos, acaso un gigante paladín de la Edad Media. Por un momento creí que tocaba su cabeza, como Hércules, con la melena de un león negro: eran sus cabellos. Recorrió lentamente la sala, balanceándose sobre sus caderas, con indolencia salvaje; se acodó sobre la mesa de los dignatarios, y lanzando una feroz carcajada repitió: «¡Ven por ella!». La bóveda retumbó. Se volvió en seguida hacia nosotros, sacudió la cabeza y cruzó los brazos

—¡Ya lo han traído todos los victimarios? —preguntó—. ¿Dónde están preparadas las guirnaldas? Seguramente este sacrificio le agradaría al infierno si los proveedores de demonios pudieran conseguir lo que esperan. ¡Venga esa mano, querido Paolo! ¡Buenos días, Aníbal, y Patroclo, y Cassius! ¡Siempre tuyo, Félix y tuyo, Lucio, mis valientes y buenos muchachos! ¡Ánimo, mi pequeño Petrovich; tu marcial mostacho se espesa!: la pólvora lo ennegrecerá! ¿Quién es éste? —continuó, deteniéndose a un paso de mí—. Debo reconocerle por su elevada estatura, casi tan alta como la mía, como me lo habían dicho. Es el viajero francés que nuestro amigo Chasteller nos ha recomendado tan vi-

M.E.C.D. 2016

EL LOCOCARRIL
POR FONTAINE FOX



HOMBRE DE DESTINO

por Mario J. Gualda

IMPORTUNADO por los periodistas sobre sus planes para el futuro, Clark Gable suele contestar que no tiene pensado nada, pero acaba por confesar que, al igual que los demás seres humanos, su corazón siente ansiedades y su espíritu añora muchas cosas en la vida.

Aunque no fueran muchas las cosas, siempre anhelaría una muy importante: ahorrar suficiente dinero para vivir cómodamente el resto de su vida. Además, Gable querría viajar por el mundo, ver nuevos paisajes, entablar amistad con los pueblos que habitan otras latitudes. También sueña con poseer un gran rancho, una buena finca, donde haya caballos y se pueda cazar y pescar.

Pero todo esto que tendría que figurar en la lista de sus aspiraciones presentes, es exactamente lo mismo que aspiraba hace diez años, cuando el porvenir era demasiado oscuro para siquiera pensar en la posibilidad de conquistarlo. Lo principal entonces era hacerse artista de cine. Trabajó duro para conseguirlo. ¡Y grande fué su sorpresa al ver cómo las cosas le iban saliendo como llovidas del cielo!

Una de sus últimas películas, la titulada **Por Su Patria y Por Su Dama**, no alcanzó el éxito que se esperaba. Gable, que nunca ve las obras que filma, por el terror del fracaso, se abstuvo hasta el último momento de vanagloriarse de su labor en esta cinta. Antes de ella, había realizado un espléndido esfuerzo en la película **El Motín del Bounty**, que tampoco quiso ver hasta su regreso del viaje que hiciera a la América del Sur. Cuando volvió a Hollywood y vió el producto final, se dijo para sí: "Clark, esta vez te has salido con la tuya".

GABLE habla del futuro, del pasado y de su condición de estrella, sin ambages ni rodeos. Es una persona de franqueza absoluta.

No le extraña que sus admiradores, que se cuentan por millones en todas partes del mundo, lo crean una persona amenísima y sencilla por los cuatro costados. Sabe que el público lo cree formidable y el hombre de más suerte de la tierra, y como es humano le agrada que formen un buen concepto de él.

Sin embargo, las experiencias del pasado le han enseñado a no confiar demasiado en el nimbo dorado del porvenir. Recuerda perfectamente los contratiempos que sufrió intentando penetrar en el sagrado recinto de las notabilidades cinemáticas, y los dolores de cabeza que le costó convencerse de que tampoco podría abrirse paso en el teatro.

El tiempo cambia a las personas, física y mentalmente. Quince años atrás, Clark Gable era un muchachón bien desarrollado, que pesaba unas 125 libras, y viajaba de polizón en los vagones de carga de los trenes del oeste de los Estados Unidos. Gracias a la intervención de una agencia de colocaciones para actores, consiguió un puesto en una compañía de quinta categoría en la población de Astoria, cerca del río Columbia. Se trataba de una especie de cooperativa y la primera semana a él le tocó en el reparto de la plata la fabulosa cantidad de siete dólares con 80 centavos. Nueve semanas más tarde, solamente recibía un dólar con 30 centavos.

Al cabo de cuatro años se encontraba en Hollywood ganando siete dólares y medio al día como "extra". Pesaba 150 libras y siempre tenía hambre. Con frecuencia se plantaba delante de la vidriera de un restaurante de Los Angeles para ver a la muchacha que estaba adentro haciendo tortas en la sartén. Mentalmente, se las iba comiendo, mientras jugaba con el real que le quedaba en el bolsillo.

Le interesaba el futuro muy poco, habida cuenta del hambre que sufría. Hizo cuanto pudo por levantar fondos y por levantar su rango como actor. Hasta llegó a portar una lanza en la representación de la obra **"Romeo y Julieta"** por la compañía de dramas y comedias de Jane Cowl.

POR una de esas raras coincidencias de la vida, le tocó la suerte de trabajar, en un papel insignificante, en la película **El Precio de la Guerra**. Además de su papel, tenía que estudiar el papel del actor que caracterizaba al Sargento Quirt. Este actor renunció y a Gable le tocó sustituirlo.

Con el poco dinero que ahorró en la farándula se trasladó a Nueva York, donde logró conseguir trabajo en dos o tres obras de repertorio. Algunas de las compañías que hacían la temporada de Broadway, salían luego a visitar otras ciudades de los Estados Unidos, y en una de esas tournés le tocó volver de visita a Los Angeles. Si se le hubiera preguntado entonces sobre sus planes futuros, sólo habría podido decir que su futuro estaba en continuar de actor de plantilla en las farándulas.

Gable le tenía un odio con ensañamiento a Hollywood y a la industria cinemática. A instancias de sus amigos, que lo creían un portento, se había hecho tomar varias pruebas fotogénicas en Nueva York, pero cuando la película era proyectada en el lienzo, alguien lanzaba una diatriba contra sus enormes orejas. El muchacho de la aldea de Hopedale, Ohio, se desalentó y no quiso prestarse a que continuaran mofándose de sus auriculares. Para entonces, habiendo mejorado la situación alimenticia, ya pesaba 185 libras.

Se quedó algunos meses en Hollywood, sin pensar ni remotamente en la posibilidad de hacerse actor de cine. Pero su amigo Lionel Barrymore, con quien había trabajado en una obra dramática en Nueva York, insistió en ayudarle, y a ruegos de él volvió a dejarse hacer la prueba fotogénica. Como se suponía, aquello resultó un fracaso mayor que los anteriores.

Después de eso, la compañía le dió un papel de menor cuantía en uno de los films de producción corriente. Empezó a gustarle Hollywood, pero todavía continuaba ganándose el sustento permanente en las faenas de las tablas, que era su radio de acción favorito. En aquella época, la Metro estaba filmando una película en cuyo rol estelar presentaba a Wallace Beery. Como actores jóvenes figuraban en el reparto Gable y Jean Harlow, haciendo el papel de indios. Beery los aconsejaba y trataba de ayudarlos en su labor, pero hubiera sido difícil predecir hasta dónde iban a llegar ambos en el lienzo, y poco sospechaba la Harlow que moriría aun sin terminar su última película, ya consagrada y triunfante, en compañía del ídolo popular Clark Gable.

Al preguntársele si cree que su actual posición la ha alcanzado por medio de un esfuerzo consciente, mueve la cabeza en señal negativa. Se limita a mirar los peldaños desde lo alto de la escalera y le parece una jornada casi fantástica. Ciertamente, no fué Gable el arquitecto de su propio destino. Por eso se pone filosófico cuando piensa en el futuro. Sabe que hoy estamos en la cúspide y mañana somos unos fracasados, o viceversa. El futuro es una gran aventura, y su mayor encanto es el misterio que la rodea.

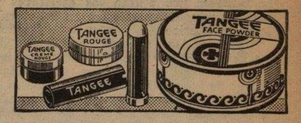
La más reciente producción de Gable, **Piloto de Pruebas**, ha sido un exitazo fenomenal en todos los Estados Unidos. Es una película de acción y de emocionantes aventuras en el aire, una narración épica de las experiencias espectaculares de la aviación moderna. Clark Gable está insuperable en la obra, destacándose como un actor dramático de imaginación vigorosa y expresivo gesto. En estos instantes, puede decirse que está en el cenit de su carrera artística.

Labios QUE NUNCA ENVEJECEN

Con su Cambio mágico de tono, Tangee presta armonía perfecta

Si quiere lucir labios bellos, vivos, y aún así de aspecto natural, use Tangee . . . porque cambia en los labios hasta tomar el tono de grana que más armoniza con el rostro de toda mujer. Resultado: maquillaje adecuado al colorido individual, encantos revividos, labios suaves y frescos. Y para completar el conjunto, Colorete y Polvo facial Tangee que, como el Lápiz labial, se adaptan al colorido natural de su rostro de manera encantadora.

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA ASPECTO PINTORREADO



M.E.C.D. 2016

EL SAJON: UN BUEN MARIDO

Por Elena Betancourt

Nueva York

SER un marido perfecto es tan difícil como ser feliz; acaso más difícil, ya que es muy posible alcanzar el grado máximo de la dicha sin que se posean todos los atributos de la perfección.

Los norteamericanos, que son infatigables en la especulación sobre estos temas relacionados con el matrimonio, el amor y el éxito, se pasan la vida discutiendo sobre los múltiples aspectos de las relaciones humanas, y quizás por eso carecen de una concepción auténtica de las verdaderas experiencias del amor, a pesar de que constantemente las vemos presentadas en sus películas.

La doctora Ellen Coyne Masters, esposa del notable poeta Edgar Lee Masters, ha observado con evidente acierto, que los norteamericanos poseen, como maridos, numerosas ventajas, pero que son víctimas de demasiadas inhibiciones. "La dificultad estriba—dice esta talentosa mujer—en que los hombres norateamericanos son productos de una herencia biológica y de un medio ambiente viciados de nulidad. Han heredado el desasosiego de los Puritanos ante las manifestaciones del placer, además de que el ambiente los obliga a vivir atropelladamente, y guiados por el deseo de alcanzar el éxito en el mundo de los negocios.

"Nuestros hombres no disponen de tiempo para dejarse anular o exaltar por el amor. Están interesados en sus deportes favoritos, en su reputación en la comunidad, en la posición que ocupan en los negocios y en prepararse para asegurar el triunfo de sus hijos en el futuro. Temen abandonarse al culto del amor, y cuando no le temen, sus ocupaciones no les permiten practicarlo."

QUIZAS sea esta feliz combinación de elevados ideales y profundas inhibiciones lo que, en efecto, haga del norteamericano un marido más ejemplar y deseable que el hispanoamericano, aunque menos amoroso. En cuanto al europeo, la doctora Masters opina que por lo común se siente inclinado a considerar a su esposa más como una niña mimada que como su igual ante el derecho.

"El marido americano—apunta—cree que su esposa posee una personalidad social e intelectual independiente, y le reconoce el derecho a pensar y a actuar por su propia cuenta. Estima, también, que la mujer es la llamada a gobernar el hogar, por ser éste el lugar adecuado donde ella debe ejercer su soberanía, mientras que en Europa el concepto que prevalece es diametralmente opuesto a tales ideas. Allí el marido es el dictador absoluto y dice la palabra final en todas las cuestiones que se suscitan, de modo que generalmente la mujer viene a resultar una especie de servidora glorificada por el matrimonio."

Por otro lado, el marido americano no se deja llevar tanto por la emoción del amor como el europeo, ni aun dentro del matrimonio, que no siempre lo atrae como un símbolo del amor, sino que a veces forma parte importante de su religión del éxito en el mundo de los negocios.

Hay otro punto significativo, según la doctora Masters, y es que el sajón carece de imaginación para dejarse consumir por la llama de un amor grande e imperecedero, debido a que tales pasiones intervienen con el ideal supremo del éxito comercial. "Nuestros hombres—continúa—le tienen miedo a las emociones profundas, y se inclinan a interpretar la Doctrina Monroe en términos sociales, evadiendo las alianzas complicadas del amor."

RECUERDAN estas opiniones de la distinguida dama Mrs. Masters, los contrastes animados que en el plano de la fantasía nos pintan los escritores y artistas yanquis cuando tratan del eterno tema romántico.

Una de las autoras populares de los Estados Unidos, Elinor Glyn, se hizo famosa describiendo idilios que distan mucho de la realidad americana. Se hizo famosa e inmensamente rica, explotando toda esa literatura folletinesca que consumen por millones de toneladas las mujeres jóvenes de este país: la novela y el cuento de amor; la leyenda de la Cenicienta repetida hasta la saciedad; el desenlace perfecto de una pobre criatura—hombre o mujer—que de súbito se halla nadando en la opulencia y codeándose con la aristocracia, gracias a los certeros flechazos del travieso Cupido.

"El marido norteamericano—dice la doctora Masters—ha heredado el desasosiego de los Puritanos ante las manifestaciones del amor, además de que el ambiente lo hace vivir atropelladamente, pensando siempre en los negocios."

Existe otra escuela literaria entre los norteamericanos, más moderna y consecuente a la verdad, que ha levantado críticas demoledoras del ambiente y las tradiciones culturales y sociales a las que la doctora Masters atribuye el temperamento contenido y timorato de sus compatriotas frente a las prácticas epicúreas. En las obras admirables de Sinclair Lewis, Teodoro Dreisser y Eugene O'Neill, encontramos el fondo psicológico, la filosofía esencial de las frustraciones que sufre el tipo nacional. Hay mucha tragedia, y un hondo contrasentido en la vida norteamericana, que acaso pueda explicarse diciendo que el hombre respeta y predica la libertad entre los demás, pero se abstiene, bien por razones prácticas o por impedimentos de orden moral, de gozarla con la misma amplitud que le aconseja al prójimo.

Estamos de acuerdo en que hay ciertos límites a las manifestaciones comúnmente asociadas con el concepto de la libertad, tanto en las mujeres como en los hombres. No puede llamarse espiritualmente libre al personaje de Lorelei, la rubia castigadora que Anita Loos nos creara en una de sus novelas como símbolo de la chiquilla superficial que hace víctimas de su filosofía metalizada a los caballeros tontos que por desgracia caen en sus manos por la vía de la atracción.

El marido sajón, como el marido latino, dependen ambos, como ha dicho la doctora Masters, del medio ambiente y las herencias biológicas, para ser como son. Hubo una época en que el marido sajón era tan dictador en su hogar como el europeo y el hispanoamericano; la época en que el europeo y el latino eran, en general, además de jefes de la familia, ejemplares consortes, hombres de convicciones religiosas y morales, espíritus idealistas orgullosos de las instituciones sociales del hogar y el matrimonio. En otras palabras: los maridos de antes, nuestros abuelos, y nuestros padres tradicionalistas, eran más perfectos que los de la época moderna y más felices hacían a nuestras abuelas y a nuestras madres.

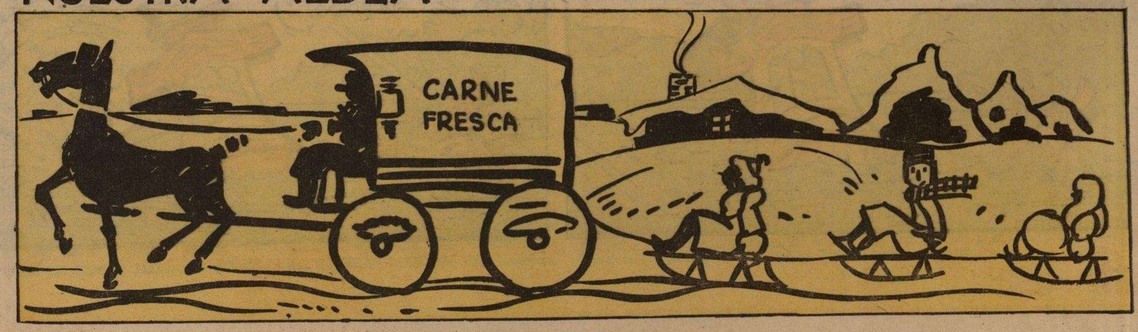
No quiere decir esto que los maridos modernos, los jóvenes de hoy, hayan perdido todas las virtudes que adornaban a nuestros mayores, ni que las muchachas de la actual generación estén descarriadas; pero sí que las costumbres han cambiado, y con ello se ha transformado el medio ambiente y surgido un concepto más flexible de los principios y de la conducta humana.

ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

por PAUL H JEPSON

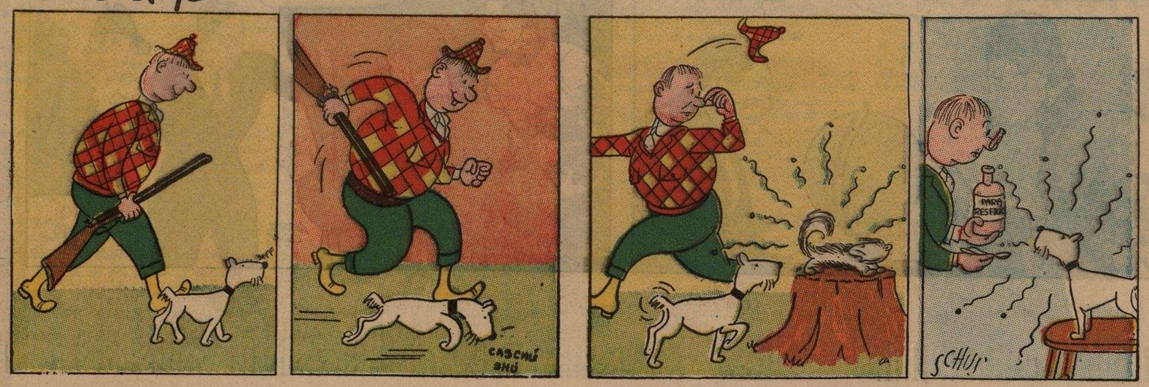
NUESTRA ALDEA



M.E.C.D. 2016

Don Lupe

Por Schus



EL ANTIFAZ

Cuento Breve - - - por JEANETTE SMITS

TIMOTHY EVANS acababa de recibir una carta del Trovador Romántico y así se lo dijo a su amigo, Max Davis.

—¿El Trovador Romántico...?—indagó Max, tratando de hacer memoria.

—¡No me digas que has olvidado aquel hombre extraordinario!—replicó Evans. Hace seis o siete años era la sensación del radio en los Estados Unidos.

—¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Desapareció misteriosamente, ¿no es eso?

—¡Desapareció, pero nunca se publicaron los detalles! Sin embargo, hubiese sido la mejor publicidad salida de mis manos en muchos años.

Seguro de que Timothy le iba a narrar el suceso, Davis llamó al mozo y le ordenó que trajese otros dos tragos de brandy. Evans comenzó el relato, sin ceremonias.

—El Trovador era un tipo flaco y de cara rojiza, con unos bigotes de desesperado. Estaba hecho un atorrante, pero tenía una voz magnífica, suave y tibia como el terciopelo. Cuando las mujeres oyeron aquella voz, hablando de las glorias del matrimonio, y luego cantando un par de tonadillas, se volvieron locas y empezaron a mirar mal a sus maridos.

—Vino a las oficinas de la emisora a proponernos un negocio que nos pareció estupendo. El había estado escribiendo una sección para un periódico de aldea sobre los secretos del amor, y creía sinceramente que el asunto se podía explotar en un programa de radio, con algunas canciones de relleno. El presidente de la compañía se entusiasmó tanto con la prueba que le hicimos, que él mismo se dispuso a buscar una empresa que auspiciara la emisión de los programas.

—El día en que iba a firmarse el contrato, nos dijo que no tenía nombre, y que no podíamos llamarle sino Fulano de Tal. Además de ocultar su identidad en esta forma, exigía que se le permitiera usar un antifaz cada vez que apareciera ante el micrófono. Todos estos detalles eran muy extraños, pero la compañía tenía en sus manos un filón de un millón de dólares y acabó por aceptar las condiciones fijadas por el desconocido.

EL éxito de los programas fué estupendo. Los periódicos publicaban columnas enteras alabando la voz y los consejos amorosos del Trovador. A poco, se convirtió en el artista más popular de la radio.

—Era tanta la correspondencia que reciba de los admiradores, que la oficina de correos se vió obligada a destacar seis carteros más en el servicio de la emisora. El público peleaba por obtener boletos para entrar al estudio desde donde se radiaban los programas.

—Todo marchaba a pedir de boca, hasta la noche en que me fuí de parranda con un redactor de El Globo, Larry O'Neill. En el curso de la conversación, Larry hizo mofa del Trovador y me dijo que ocultábamos su nombre y su rostro porque era el tipo más feo y desagradable del mundo. "Algo así como Drácula"—añadió. Esto me incomodó bastante y le contesté, en medio de los tragos, que en la próxima emisión El Trovador iba a quitarse su antifaz y a revelar su nombre.

Max Davis se incorporó y preguntó, profundamente interesado:

"Al prorrumpir los aplausos, con un movimiento brusco le saqué el antifaz de la cara."

—¿Publicó Larry la información en su periódico?

—¡Por supuesto! Y los demás diarios la reprodujeron y se levantó una atmósfera sensacional entre el público. Al enterarse El Trovador se puso furioso, y me advirtió que me haría quedar como un gran embustero, porque de ningún modo se quitaría el antifaz.

—Convencido de que me pondría en una posición embarazosa, ante el público y ante la prensa, traté de calmarlo para disimular mi error. Le aseguré que aquello era un truco de publicidad, y que la noche de la emisión él haría, como de costumbre, su programa, y al terminarlo, podría simular un desmayo que justificara sacarlo del escenario sin darle tiempo a cumplir con la promesa de mostrar su rostro a los espectadores.

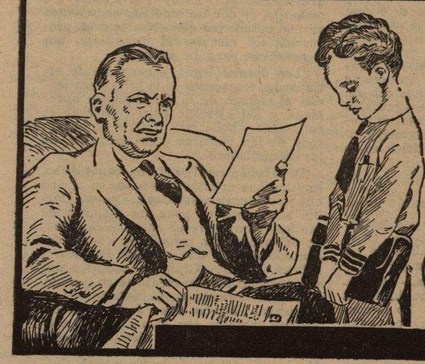
—Desde luego que yo estaba traicionándolo con uno de mis diabólicos planes. Después de la publicación de la noticia, no me quedaba otro remedio que cumplir lo dicho, aunque fuese necesario sacrificar al Trovador.

LA noche de la emisión, el teatrillo del estudio estaba materialmente de bote en bote. Reinaba un ambiente extraño, como de nervios en tensión. Si alguien hubiese encendido un fósforo habría ocurrido una explosión.

—El anunciador abrió el programa, asegurándole a los presentes y al público invisible que el Tovador se quitaría el disfraz al terminar sus números. El Trovador me hizo un guiño desde detrás de su antifaz, y yo se lo contesté con otro y una sonrisa, aunque, a decir verdad, lo que intentaba hacer me provocaba náuseas.

—De pie, junto a él, esperé a que terminara sus consejos amorosos. Al prorrumpir el público en aplausos, con un movimiento brusco le saqué el antifaz de la cara. El Trovador aulló, como una fiera herida de muerte. Los espectadores dieron rienda suelta a sus exclamaciones, y en medio del torbellino, se oyó la voz de una mujer que gritaba: "¡Peter Elkins, sabía que te encontraría!" El miró, despavorido, y lanzó un grito desesperado: "¡Cielo santo, es mi mujer!"

—Para colmo de males, de entre la multitud surgió un hombre de proporciones gigantescas que se dirigía al escenario, diciendo: "¡Peter Elkins, eres un granuja! Te oí cantar por radio y te reconocí en seguida." El Trovador, nerviosísimo, no pudo sino exclamar: simo, no pudo sino exclamar: "¡Demonios, el Jefe de los Alguaciles!" Al ver que el alguacil y la mujer del Trovador se dirigían al escenario, yo lo agarré por el brazo y salimos corriendo hasta el ascensor, con la idea de escapar por la entrada de atrás del estudio. Mientras huíamos, me contó que hacía cinco años estaba separado de su esposa, que lo perseguía inclementemente. Ninguno de los dos se había divorciado. Aquella mujer era una víbora.



Caramba! ¡Malas notas otra vez!

- ¿Está Ud. seguro de que procede con justicia al tratar así a su hijito porque ha sacado malas notas en la escuela?
- Tal vez el excesivo crecimiento y los mismos estudios lo han debilitado demasiado. ¿Por qué no le da el Tónico Bayer durante algunas semanas, para ayudarle a recuperar sus fuerzas, energías y vitalidad... para que no esté propenso a enfermarse?
- Los benéficos efectos del Tónico Bayer son inmediatos y duraderos: Enriquece la sangre... vigoriza los músculos... fortalece el cerebro y los nervios. Comience hoy mismo a darle Tónico Bayer a su hijito. Pida un frasco en la botica.

¿QUÉ ES EL TÓNICO BAYER?

- Es una fórmula científicamente balanceada de Vitaminas, Extracto de Hígado, Calcio, Fósforo y otros elementos de gran valor terapéutico.
- El Tónico Bayer proviene de los mundialmente famosos Laboratorios Bayer. ¿Qué mejor garantía?

BAYER

TONICO BAYER

RENUEVA LAS FUERZAS VITALES

Aspecto de un antiguo baile de salón. Ilustración de M. Valvér ane correspondiente al libro «El baile», de R. Charbonnel.

HACIA EL ORIGEN DE LOS BAILES CRIOLLOS

En otras o casiones he afirmado que «del mismo que las clases bajas adoptan hoy los modernos bailes de salón, adoptaron ayer las danzas de la sociedad colonial».

Tal es, en efecto, mi creencia con respecto al origen de nuestras especies coreográficas populares; no de la música, que es capítulo aparte, mucho más complicado.

Sin embargo, nunca he documentado esta afirmación. Es necesario que lo haga. Y sin ninguna prisa, porque es asunto de lento ver. La verdad, adorada enemiga, está muy oculta, fortificada detrás de nuestro desconocer. Tenemos que empezar por destruir en nuestro espíritu lo que se opone a su visión. Acaso consigamos, al fin, entreverla, inocente y sin defensa, como un nido entre los pastos.

Me he ocupado minuciosamente de la historia y la forma de las principales danzas criollas. No basta. Para avanzar con método debo ocuparme con igual detalle de la historia y la forma de las danzas europeas de salón y de su comportamiento en las ciudades americanas.

Una vez absorbida la información lograda sobre ambos puntos, necesitamos probar que, efectivamente, los bailes pasan de los salones cultos a la campaña y, por fin, comparar, a ver si los del repertorio criollo coinciden con los del repertorio europeo en el tiempo, en las formas y en las esenciales características que sobrevivieron a la adaptación rural y a las influencias posteriores.

Tal es nuestro plan de trabajo, mejor dicho, nuestro plan de exposición, pues jamás nos porpusimos «investigar» la comprobación de ideas preconcebidas.

Esto de conocer la historia y la forma de los antiguos bailes europeos de salón no es fácil, sobre todo para un investigador americano. En verdad, apenas se conocen hoy los nombres de aquellas viejas danzas y no se obtienen muy claras informaciones recurriendo a los tratadistas europeos.

En este punto, nos parece conveniente declarar que, en tanto la historia de las danzas en América resulta de investigaciones propias exclusivas, la de los bailes de Europa llega a nuestro conocimiento a través de tratados, generalmente superficiales y a menudo contradictorios.

Historias y diccionarios de la danza nos dan versiones de cuyo cotejo extraemos coincidencias que, cuando no proceden de una anterior, permiten afirmar algunos hechos. No daremos por seguro lo dudoso y, en todo caso, puesto que no manejamos directamente inaccesibles fuentes documentales, reconoceremos al estudioso el derecho de añadir alguna cautela a nuestra valoración crítica de la investigación ajena.

Ahora, cuando esos bailes europeos llegan a América, recuperamos el manejo de las fuentes. Las referencias que nuestra propia búsqueda exhuma, hablan por sí mismas, y las fórmulas de nuestra síntesis reposan en documentos que ofreceremos al lector.

Fueron muchos los bailes que resonaron en los históricos salones. Tarea imposible, si no imposible, sería la de estudiarlos uno por uno; pero, afortunadamente, las danzas de ciertos salones (en una época determinada) se asemejan mucho cuando pertenecen a un mismo ciclo; y es mayor la semejanza si, dentro del ciclo, integran una misma generación coreográfica.

Esto ha ocurrido siempre.

A primera vista, nuestros actuales bailes de sociedad—todos de pareja abrazada—parecen muy diferentes. Mirando mejor, advertiremos que la diferencia es cuestión de pequeños detalles. Hablo de los bailes, no de la música, cuya audición nos ayuda a distinguirlos. Para comprender su semejanza hay que imaginar un salón de baile en la pantalla cinematográfica, sin sonido. Se verá entonces que todas nuestras danzas tienen el mismo aspecto y casi los mismos movimientos Si a pesar de esto nuestra familiaridad con la minucia insisten en que son muy distintas, es porque no nos damos cuenta de lo que es realmente «distinto» en materia de bailes. Preguntémonos si confundiríamos un **tango** con un **minué**, un **foxtrot** con un **gato**, y al contestarnos negativamente comprenderemos lo que son diferencias cuando se trata de confrontar ciclos históricos. Un forastero, muy forastero, se vería en aprietos para distinguir, sin música, un **shimmiy** de un **paso doble**. En todas las épocas ha pasado lo mismo.

Hutchinson, cónsul inglés que asistió en 1863 a un baile criollo en Santiago del Estero, escribió: Nosotros tuvimos aquí una nueva danba titulada el «Marítero», que yo no había observado en el baile anterior. Pero en estas danzas sería muy difícil para un extranjero reconocer alguna diferencia.»

Así, para valorar el influjo de los antiguos bailes de salón, no es indispensable estudiar el repertorio entero. Por otra parte, hay en cada época una danza o dos cuyo intenso culto las hace representativas. Conociéndolas podemos inferir las características de todas las coetáneas de su generación. Absorben los caracteres de las demás e influyen a su vez sobre ellas como si pretendieran uniformarlas. Dotadas de gran vitalidad, cubren largas décadas, siglos a veces; su descenso a las clases bajas es remachado tenazmente por su persitencia en lo salones, con lo que acaban por incrustrarse en el ambiente rural al extremo de sobrevivir a su abandono en los centros superiores.

Basta, entonces, para nuestro objeto con estudiar los bailes europeos más cultivados y duraderos, pues son los únicos verdaderamente penetrantes e influyentes. Hay danzas que no salieron de París; las hay que, aun cuando llegaron a las ciudades americanas, duraron poco y murieron sin resonancia popular. La «serpentina», por ejemplo, lanzada allá por el año 1900 con música de Max Kayser, por Paul Mürich, maestro de la corte berlinesa y profesor de la ciudad; danza preferida en los salones de Alemania, tubo en Buenos Aires alguna publicidad y ninguna consecuencia.

Los países americanos vivieron largos siglos recibiendo y adoptando usos, modas y costumbres de los salones europeos. Al tratar de sus danzas, pues, parece más propio hablar de procedencia que de origen. La adaptación, que se produce en todas partes, no tiene los caracteres ni el vigor del verdadero alumbramiento.

En general, tampoco puede hablarse con mucha propiedad de un nacimiento de las danzas. En los casos de afortunada «creación» de profesionales, el análisis denuncia una simple coordinación de elementos preexistentes en los mismos salones o en el ambiente popular.

Debemos reconocer, sin embargo, un «nacimiento relativo». Se produce cuando los viejos elementos, ordenados bajo un nuevo rótulo, se instalan en el salón que les dará prestigio, resonancia y difusión.

Siempre sobre la base de que los bailes bajan de los salones cultos al ambiente rural, el repertorio del pueblo es suma de agonías, sobre todo cuando en los salones es vivaz el ritmo de la renovación. La danza que el salón toma al pueblo, nunca es originaria de ese pueblo; adoptada y aderezada, deja de morir, sube, nace relativamente, si está destinada a imponerse.

Frente al problema del origen de los bailes criollos—digamos, mejor, de la procedencia—, tenemos que recordar que los hubo en América de muy distinta naturaleza. Tuvimos bailes individuales, como el **malambo**, la **campana** o el **zapateo**; los tuvimos de pareja suelta, picarescos, como la **zamacueca** o el **gato**; de pareja suelta, graves, como el **cielito**, o el **pericón**; de pareja enlazada, como la **ranchera**. Todos ellos llegaron a los dominios del pueblo (a veces con otros nombres) de los salones ciudadanos, pero en distintas épocas, es decir, en el momento de la preponderancia social de cada tipo. Y cada tipo dió origen a los de su mismo género. La **contradanza**, por ejemplo, bailfigurado de muchas parejas sueltas, no pudo haber engendrado la **ranchera**; el **zapateo**, baile individual a base de tacones y puntazos rítmicos, no pudo haber dado origen al **cielito**, que es baile de parejas sueltas; del **vals** no pudo salir el **gato**. Quien sigo nuestra exposición verá que yo admito cambios de nombre, de estilo y de forma, pero en todo caso, sin que el esfuerzo dialéctico se enderece contra el general sentido de la realidad. Aunque, cuando se trabaja mucho, la verdad sale parecida al disparate.

Si pretendemos que las danzas europeas produjeron las criollas, es claro que tenemos que relacionar las importadas de un tipo con las americanas del mismo tipo. Deben preocuparnos, entonces, seguramente, las danzas criollas graves las criollas picarescas del Perú, las criollas individuales, y en fin, las actuales de pareja enlazada. Estas últimas son tan criollas como las otras y por las mismas razones.

C. VEGA

---

un hombre de su edad y alcurnia me hiciese semejante visita.

—Siéntate —me dijo mientras yo balbuceaba algunas palabras— y procura responderme tranquilo y reposado. El paso que doy debe decirte suficientemente que necesito toda tu atención, y si tú haces justificia a mi afecto, creo que tengo derecho, Máximo, a tu sinceridad. He creído que estabas ocupado o ausente porque tengo costumbre de creerte; pero ahora sé que no has salido Venecia. Dime, sin vacilaciones, qué motivos te han alejado de mi casa.

Sentí una gran turbación en mi ánimo; escondí mi cabeza entre mis manos y no respondí.

—¿No temes —continuó— que yo interprete mal tu silencio? A los amigos sólo se les ocultan los secretos vergonzosos.

Me estremecí.

—¡No, no! —exclamé—. ¡Nada vergonzoso ha manchado mi corazón! Pero hay otro pudor además de la virtud, y la confesión de una temeridad absurda que he sustraído a todas las miradas y que hubiera querido substraerme a mí mismo, le cuesta a mi vanidad un penoso esfuerzo. Pero usted lo exige —continué, sin levantar los ojos hacia él—. ¡Tenga al menos piedad de las ilusiones de un insensato! ¡Yo amo a Diana!

—Diana es digna de ser amada, y ninguna mujer está fuera de tu amor. Tu única falta, Máximo, está en que has intentado interesar su corazón sin prevenirme de tus intenciones. Mi estimación paternal por ti exigía quizá más confianza, y yo creo haber hecho lo suficiente para merecerla. ¿No sabes qué yo he hecho lo posible por borrar la distancia que nos separa en el juicio del mundo?

Desde el principio de esta frase recobré mi valor y me atreví a mirar al señor de Marsán.

—¡Interesar su corazón sin prevenirle a usted de mis intenciones! ¡Oh, esto no podía suceder con una señorita que el mundo mirara como mi igual, con una mujer nacida para mí y cuya mano se uniera a la mía con la alegría de sus padres! Pero ¡lejos de mí la idea de apoderarme de un corazón que me lo pueden arrancar la razón de las conveniencias o el orgullo de la alcurnia! Nunca mi boca inquietó a Diana con una declaración, con un suspiro, con la menor palabra, y si ella se queja de las molestias de mi amor es porque lo habrá adivinado. Y en verdad, esto quizá no fuera difícil.

—¿No le has dicho nunca que la amabas? Entonces no sabes si ama, ¡no sabes si es a ti a quien ama! ¡Oh si te amase! Escúchame, porque ahora me toca a mí devolverte franqueza por franqueza, y yo te diré todo como tú los has hecho. ¡No insistas; estoy seguro de ello! Diana es mi única hija: yo la amo, como única hija, con todo el cariño que el corazón de un hombre puede contener, aunque su carácter noble y bondadoso, pero sombrío y seco, me haya proporcionado pocas de esas alegrías que componen la felicidad de los padres. Desde su nacimiento he pasado toda mi vida en soñar una posición honrosa para ella; y a pesar de la mezquindad de mi fortuna y la pasajera inferioridad de mi condición, se le han presentado gran número de pretendientes que las más ilustres familias de Italia hubieran enviado. Diana los ha rechazados todos. Las más brillantes condiciones, las virtudes más distinguidas, las atenciones más delicadas se han estrellado contra la tetaruez de este terrible carácter, que yo no me puedo explicar y que me condena a ver morir las esperanzas de mi vejez había puesto en ella. Hay en esto, te lo confieso, un misterio que me espanta y me confunde.

—Permítame, padre mío —le dije—, y perdóneme que yo, a mi vez, le interrogue, pues es necesario para que llegue a clarar sus dudas, y disipar sus inquietudes. ¿Está usted muy seguro de que su corazón no pertenece a otro hombre que haya tenido razones para no darse a conocer, o cuyas pretensiones hubiera usted quizá rechazado?

—Ya se me había ocurrido a mí esta idea —respondió el señor de Marsán con aire preocupado—; pero la circunstancia que tu supones no se ha presentado más que una sola vez; y si yo he creído mi deber disimularla a Diana era para ahorrarle un movimiento de indignación y de horror que hubiera podido dañar su reposo. Tú lo podrás juzgar nada más que por el nombre del que osaba pretender...

—¡No necesito saber su nombre, y siento por el ardor de mi sangre que no lo conocería sin peligro para uno de los dos! ¿Qué diría usted, sin embargo, noble amigo mío —pues el corazón de las mujeres está lleno de enigmas impenetrables—, qué diría usted si el amante que usted rechazó con tanto desprecio fuese precisamente el que ella había escogido?

—¿Qué diría —exclamó el señor de Marsán levantándose impetuosamente—. Le diría: ¡Hija indigna de mí, maldita seas para siempre y que caigan sobre ti la cólera y la venganza divinas como el buitre sobre su presa! ¡Qué el resto de tus días transcurra en la soledad con tus remordimientos! ¡Qué el pan cotidiano de los hombres se convierta en lodo bajo tus dientes!

Iba a continuar. Le puse mi mano sobre su boca y con el otro brazo le apreté contra mí.

—¡Qué el cielo, amigo mío, interceptе entre usted y Diana esta horrible maldición, o que la haga caer sobre mi cabeza, sacrificada desde la infancia a todos los dolores y todas las miserias! Pero me parece que mi suposición estaba completamente desprovista de verosimilitud y siento haberla aventurado, ahora que veo podría despertar en usted tan viva irritación. Sólo me falta saber —proseguí sonriendo, para distraerle más de su emoción— qué parte de sus pesares domésticos tengo yo que sobrellevar y qué es lo que ha podido inducirle a exigir de un corazón débil, pero sin máculas, la humillante confesión que le he hecho.

El señor de Marsán volvió a sentarse.

—Yo creí haber notado que amabas a Diana, y tú reconoces que no me equivocaba. Yo pensaba que ella debía amarte, y lo pienso aún. quizá porque lo deseo y porque mi dicha está interesada en la tuya. Atribuía sus desprecios al sentimiento que tú le inspirabas, y tu silencio, a una timidez delicada y desconfiada, y me hice la ilusión de que este vano obstáculo era ley que yo iba a deshacer con una palabra. Sé hijo mío, por la sangre —te hubiera dicho— como lo eres, o poco le falta, por el cariño que te tengo. Esto es todo lo que yo quería No parece que estén nuestros asuntos tan adelantados, pero no desespero aún. Me hablabas en tu última carta de tu decidido propósito de partir pasado mañana. No estará mal que así sea, por sí yo me engaño acerca dè las disposiciones de Diana, pues tus penas se agravarían con la decepción de nuestras esperanzas, y además, la sociedad en que habitualmente vives, al menos desde que te has alejado de mí, no es muy buena en los tiempos que corren para un joven ya algo sospechoso. Ven a comer mañana conmigo y con Diana. Te autorizo a que le hagas la declaración, de la que depende el porvenir

M.E.C.D. 2016

de los tres. ¿Quién sabe si no nos despertaremos al día siguiente bajo un sol más favorable que el que me alumbra desde hace varios meses?

—¡Dios mío! —respondí mientras que él tomaba mi brazo para volver a la góndola—. No auguro que esta diligencia nos sea tan favorable como usted cree; pero aunque sólo sirva para convencerme más de mi infortunio, espero al menos inspirarle a la señorita de Marsán la suficiente estimación y confianza para que me diga el secreto que a usted preocupa, y veré, al marcharme, restablecida la tranquilidad que usted ha perdido. En cuanto a mi destino, hace tiempo que no fundo en él tan dulces esperanzas y me han acostumbrado a la resignación otras tribulaciones. Pero sea cual fuere mi suerte, no influirá nada en mi agradecimiento, y guardaré para siempre el título de hijo que usted me ha concedido.

No necesitaré decir que esta noche se pasó llena de extrañas agitaciones; pero la ilusión tomó tan poca parte en mis sueños, que al amanecer terminé de recoger todas las cosas para mi viaje del día siguiente, y empleé la mañana en arreglarlas con la impasible calma de un hombre cuyas resoluciones no han de sufrir cambio alguno. Llegué por fin a casa del señor de Marsán, donde todo tenía un aspecto de fiesta, pues el excelente anciano no veía en esta solemnidad de despedida más que la proximidad de un feliz acontecimiento que iba a fijarme en Venecia, y de tal manera brillaba en sus miradas su crédula alegría, que me animaban y desesperaban a la vez. Busqué los ojos de Diana: no habían cambiado de expresión, ¡y como a mí me habían amado, entendía algo de síntomas de amor! No hay como haber sido varias veces desgraciado para saber leer en el corazón de una mujer, y la más hábil no me hubiera engañado sobre sus impresiones secretas; pero la ingenua antipatía de Diana era cruel, tenía un no sé qué agobiante y frío que me pesaba en el pecho como plomo. No obstante, me colocaron a su lado en la mesa. Temblé de emoción, mezclada de temor, y no me atreví a mirarla.

Los invitados eran numerosos. Durante mucho tiempo la conversación se basó, como sucede en Venecia y en todas partes, en un frívolo cambio de noticias sin importancia. El vino de Chipre la animó.

—¿Qué ha sido esta nueva tentativa —dijo uno de los «signori»— que ayer amenazó turbar la tranquilidad de la ciudad? Dicen que la guarnición y la policía han estado en pie toda la noche.

—¿Cómo? —respondió otro—, no lo sabía usted? Un complot de aventureros, extranjeros en su mayor parte, que se proponían degollar a los franceses y cambiar el Gobierno.

—¡Verdaderamente —interrumpió el señor de Marsán—, lo mejor es dejarles hacer; su sabiduría está comprobada, y las naciones no pueden elegir mejores legisladores! ¿Hasta cuándo durará esta borrachera de los pueblos?

—Felizmente —replicó el segundo—, son tan miserables que ha bastado para disiparlos un puñado de soldados y el ruido de su conspiración no llegará siquiera a la Judecque.

—Pero ¿qué quieren aún esos desgraciados? Y su fallido proyecto, ¿no podrá servir de pretexto para una nueva persecución contra los servidores de la vieja dinastía francesa?

—¡De ninguna manera! Sólo se trataba de Venecia y su república. ¿Saben ustedes que si hubiesen triunfado viviríamos hoy bajo el gracioso Gobierno de Marió Cinci, dux de Venecia?

—¡Mario Cinci! —dijeron todos los asistentes.

—¡Mario Cinci! —repitió el señor de Marsán apoyando su puño sobre el mango de su cuchillo.

—¡Es el dios del populacho —agregó un anciano—, y esto hace temblar pensando en el porvenir!

—¡Tranquilizaos, por Dios! Los bandidos habían tomado tan prudentes precauciones que no se ha podido detener a ninguno; pero se sabe por informes seguros, que Mario no estaba entre ellos, pues él se expone raramente a los peligros que hace correr a esos miserables, cuya vida es en sus manos un juguete de poco valor. El se encierra, mientras que los demás obran en su nombre, en su «Torre Maladetta» del Tagliamento, con gran espanto de los viajeros, para entregarse allí sin duda a la fabricación de moneda falsa y de venenos, como toda su familia de parricidas.

—¡Maldición! —exclamé levantándome—. ¡Todo eso es horriblemente falso! ¡Quién le haya dicho eso es un infame calumniador, más culpable que el asesino mercenario que vende al odio de unos cobardes, su alma y su acero! ¡Es Mario Cinci quien ha hecho abortar el proyecto de esas horribles vísperas venecianas de las que hablaba usted, y son enemigos suyos quienes lo habían concebido! No les ha costado gran trabajo a los soldados dispersar a los conspiradores, porque ya nadie ignora que han atravesado un palacio desierto, y como son franceses, les juro a ustedes que no les había de espantar el ruido de sus propios pasos repetido por el eco. Esta mañana he visitado al gobernador de Venecia para prevenirle mi marcha, y no vi en este pretendido complot sino lo que era realmente: una baja especulación de algunos espías que suponían crímenes para hacer valer sus servicios y ganar favores y recompensar, la prima de la mentira y la limosna de la policía. Esta es la verdad, señores. En cuanto a Mario Cinci, no sé qué desvaríos de su juventud han podido atraer sobre él la reprobación universal; pero confieso que yo no creo en los locos odios de la multitud y que no creo mucho más en la ciega cólera de la fatalidad. Todo lo que sé de él me lo presenta como al más generoso de los hombres. La injusticia de la opinión, al perseguirle, hace que se agigante ante mis ojos, y debo prevenirles, señores, en el momento de dejarles para siempre, que no se podría prolongar esta conversación sin que mi corazón se dejara llevar por impulsos que quisiera evitar. La causa de Mario Cinci es la mía; y ¿qué amigo sufriría sin rabia y sin venganza las injurias hechas a un amigo ausente? ¡A vosotros, venecianos, os lo pregunto!

—¿Tu amigo? —dijo el señor de Marsán—. ¿Conocías tú a Mario?

—No lo he visto más que una vez. Su voz no ha sonado en mi oído ni cinco minutos; pero los afectos prenden en mí rápidamente y no se desmienten nunca.

—No te había visto jamás tan exaltado —continuó, acercándose a mí pues la conversación general se había acabado y los invitados se habían distribuido de dos en dos por el salón y no parecían tener ganas de mezclarse en ella—. Sin embargo —agregó el señor de Marsán de un corazón aturdidamente afectuoso, que sin reflexionar toma parte en la defensa de un ausente. La experiencia te enseñará demasiado pronto que no hay que fiarse, al juzgar a un recién llegado, de sus imponentes apariencias, aunque tenga, como Mario, la estatura de Anteo, el que luchó con Hércules; pero el cual no tomaba fuerzas más que manchándose del barro de donde había nacido. La imaginación engaña al corazón. No te hablaré más de esto, aunque esta explosión apasionada haya torturado el río. Recuerda que tenemos otro asunto entre manos y que el interés tan vivo que Diana manifiesta hoy hacia ti parece anunciar que nunca fué la ocasión más favorable ni más acertadas mis previsiones. ¡Acompáñala a su habitación y piensa que mi sentencia depende de la tuya!

En efecto —y confesaré que apenas lo había advertido, pues de tal manera me creía lejos de esta esperanza—; Diana, que se había levantado casi al mismo tiempo que yo, acababa de unir su mano a la mía, y me parecía, por lo que yo podía notar sin mirarla, que su cabeza se inclinaba sobre mi hombro casi hasta tocarlo. Me volví hacia ella y noté su palidez. Apreté su mano temblorosa, la llevé a sus habitaciones y la hice sentar, con más deseos de dejarla que de turbarla con una emoción inútil. Iba ya a alejarme cuando ella me retuvo. Me senté. Estuvimos callados algún tiempo; pero sus dedos, que tantas veces hubiera yo querido estrechar, aún a costa de mi vida, se habían estrechado más a los míos; estaban húmedos y tibios. Diana palpitaba bajo una emoción que yo no comprendía. Yo no sabía si era de alegría o de dolor, y así transcurrieron varios minutos, esos largos minutos que todos conocéis de las confusiones e inquietudes del amor. Ella habló por fin.

—¡Oh, Máximo, cuánto le quiero!

—¡Tenga cuidado! —exclamé—. Las palabras que usted acaba de pronunciar son horribles para mí si usted no prevé las consecuencias. ¡Usted quizá no sepa, Diana, que vengo a pedirle su mano, porque su padre me la ha prometido...!

Ella se levantó; anduvo un poco, pasó por delante de mí con los brazos cruzados, inclinada la frente y palpitante el pecho. Se detuvo, apoyó sus manos en mis hombros, las cruzó tras mi cuello y me dijo con una voz que se apagaba en mi mejilla:

—¡Pobre Máximo! ¿El amigo de Mario Cinci no conocía su secreto cuando le defendía hace un momento?

No respondí; un velo se desgarraba delante de mis ojos, pero no lo adiviné todo.

—¿Por qué, si no hubiese sido esto—continuó—, hubiera desdeñado tu delicadeza de hombre digno y bueno? ¡Ah, sería odioso si yo no hubiera amado!; pero ¡le amaba!, ¿comprendes? ¡El era mi alma y mi vida! El disponía de ellas, y tu amor me llenó de dolor al venir nacia mí, que no podía corresponder a él. Yo me formé un carácter y tomé una actitud para alejarte que han debido hacerme odiosa. Yo me alababa por ello amargamente, porque era necesario para tu felicidad, para que me despreciases; y comprendo lo que esto me costaba a mí, Máximo, que te amé desde el primer día como un hermano y que te habría dado todo un corazón si hubiera tenido dos...! ¿Me perdonarás?

Yo estuve algún tiempo sin hablar y sin ver; luego la miré.

Diana lloraba. Besé sus trazos temblorosos, y sus mejillas y sus ojos inundados de lágrimas, y mezclé mis lágrimas con las suyas.

—¡Ama usted a Mario, Diana! ¡Es una digna elección! ¡Qué el cielo le favorezca...!

—¿Qué si le amo, dices? —prosiguió enérgica—. Mi existencia es más completa de lo que tú crees: ¡soy su mujer...!

—¿Su mujer? Y su padre, señorita? ¿Ha pensado usted en él?

Ella bajó sus párpados, como si se avergozara de dejarme leer en su alma.

—¡Mi padre..., mi noble padre...! ¡Qué a costa de mis días la Naturaleza prolongue los suyos! ¡Qué a costa de mi dicha se los embellezca...! Pero cuando Mario, prosternado delante de él, trataba de vencer su corazón le dijo: «¡Su mujer; antes preferiría que muriese!» El lo ha dicho. Mi padre me tendrá muerta, como lo ha deseado, y Mario me llevará viva.

—¡Su razón se obscurece, Diana...! ¿Qué dice usted?

—Lo que digo, el porvenir lo explicará; pero no acuse a mi voluntad, porque ya no me pertenece. Guárdeme un recuerdo, aunque sea un recuerdo severo, con tal de que un poco de cariño, amigo Máximo, ablande su severidad... Y si mi vida le interesa aún, no tema que disponga de ella sin su consentimiento. Pero se acerca la hora en que es preciso... ¿Está usted preparada, Ana?

Su doncella entró y vino a colocarse a su lado.

—Mi padre le espera, Máximo; vaya a decirle que me acompaña usted a mi góndola.

No había más que una puerta que abrir. El me esperaba con los ojos fijos y ardiendo de impaciencia. Yo caí a sus pies.

—¡En nombre de la dicha de Diana y de la suya, amigo mío, retire sus injustas prevenciones contra el noble Mario Cinci! Si quiere usted salvar la vida de Diana, éste es el esposo que debe usted darle...

—¿Mario Cinci? —exclamó el anciano rechazándome duramente—. ¡Qué se case con él y que se muera!... ¡Una parricida más en la familia de los Cinci!... ¡Beatriz y Diana!

Yo me había aferrado a sus rodillas y él me arrastraba tras sus pasos, caminando precipitadamente. Se detuvo y me dijo:

—¡Vete, traidor!

Pero en seguida me miró conmovido.

—Vete —dijo más cariñosamente pasando sus manos bajo mis brazos para ayudar a levantarme—, vete, pobre niño, y no quiero oír hablar más de todo cuanto he amado, porque el resto de mis días necesitan soledad y reposo.

Volví a encontrarme al lado de Diana. Le ofrecí mi mano sin pronunciar una sola palabra. Ella no me interrogó, porque en mi turbación había dejado la puerta entreabierta y era imposible que no nos hubiese oído.

Al dejarla en su góndola aproximé sus dedos a mis labios; Diana los retiró y se arrojó en mis brazos. Un momento después estaba solo.

Seguí largo tiempo con mis ojos a la góndola de Diana entre las demás, y la reconocía desde lejos, porque estaba aquel día, contra su costumbre, señalada por un nudo flotante de cintas carmesíes.

Inútilmente me presenté aquella misma noche en casa del señor de Marsán. No recibía a nadie absolutamente.

Al amanecer de un día triste y frío de enero de 1809, el barquito que me conducía a Trieste salía de las lagunas para entrar en alta mar. La noche había sido muy mala y estaba la mar dura y picada. Nuestro patrón sorteó algunas barcas de marineros que parecían ocupados en sacar la punta de un islote una góndola naufragada.

—¿Se ha ahogado alguien? —preguntaron desde nuestro lado.

—Así parece —respondieron—; pero las olas se han debido llevar a los cadáveres, porque no los encontramos entre los escollos. Además, esta góndola no tiene cifra ni nombre, y sólo se distinguía de las demás por este gallarde te de cintas.

Me apoderé de ellas, las prendí a mi camisa y me desmayé.

Estuve mucho tiempo sin volver en mí. A la mañana siguiente llegaba a Trieste.

SEGUNDO EPISODIO

La Tungend-Bund

Lo que más me hacen temer mis frívolas narraciones es que dejen suponer que he tenido la pretensión de inventar. La razón de esto es sencilla: sé quizá mejor que nadie que cuando hago labor de imaginación no demuestro bien mis aptitudes. Cuando se trata de mis recuerdos ya es otra cosa. Podrán ser más o menos novelescos en su forma, más o menos enfático de expresión, ser hiperbólicos de estilo y gramáticos por el asunto; pero éstas son faltas de mi temperamento y no de mi sinceridad. Nunca repetiré demasiado que hay que tener lástima del artista que ve negro las cosas negras, amarillas o verdes; que ve el cielo plomizo, el mar anaranjado y el verdor aterciopelado y que

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

NOCHES de TACON

por Federico VILLOCH

—II—

MR. Maurice Grau era aquel incansable empresario que periódicamente, por los meses de enero, o febrero, estuvo trayendo a la Habana, durante muchos años, aquellas simpáticas compañías de operetas francesas que actuaban en el Gran Teatro Tacón, con el beneplácito y el más decidido apoyo de nuestro público. Empezaba su tournée en Nuew York, después venía a la Habana, de donde pasaba a algunas ciudades del interior como Matanzas, Cárdenas, Santa Clara, Cienfuegos y Santiago de Cuba; y daba al fin por terminada la excursión en Méjico y otras importantes poblaciones de aquella república. Cuando llegaba a la Habana la compañía de Mr. Grau diríase que corría por el centro de la población como un soplo, un efluvio de boulevares parisinos. Por lo general los principales artistas se hospedaban en el Hotel «Inglaterra», en «El Telégrafo», en «El Pasaje» y demás hoteles que se levantaban en ese centro de población, al que imprimía un aspecto «sui generis» el que era entonces amplio y concurrido Parque Central, con sus múltiples y copiosos laureles, rumorosas fuentes; y poéticos senderos: los coristas de ambos sexos iban a recalar al hotel «Cabrera» de la Calzada del Monte. La ancha y entonces concurrida Acera del Louvre adquiría el aspecto de sus hermanas de los boulevares de París. Los más afamados y aplaudidos artistas del género paseábanse y exhibíanse en ella: la Theó, la Benatti, la Paola Marié, la Judit, Duplau, Messiers, Capoul, que puso de moda su peinado y un pequeño sombrerito que acostumbraba a usar, y al que después se le llamó «pic nic».

Se hablaba el francés por todas partes. Las librerías de Obispo y O-Reilly vendían en el acto cuantos «Manuales de la Conversación Francesa» colgaban en sus vidrieras. El tenor Capoul tenía poca voz; pero la manejaba con arte, y en el falsete resultaba una cosa artística y de muy buen efecto. «Mignon» era su obra favorita. Capoul publicó en «El Figaro» de París una carta en que daba cuenta de la grata impresión que la Habana le había producido; y, traducida y reproducida en nuestros principales periódicos, le granjearon al artista la más calurosas simpatías. Una de las cosas que mejor efecto le causaban—decía—era ver desde el escenario la calada barandilla de hierro de que se componían los balcones de los palcos, «porque dejaba contemplar la totalidad de los elegantes vestidos de las damas y, sobre todo, sus diminutos pecesitos tan finamente calzados, los que no permanecían quietos un solo instante, demostrando con ello la vivacidad del carácter criollo». Hablaba también Capoul en su carta del simpático efecto que producía en el transeunte de la calle ver abiertas, casi de par en par, las puertas de entrada de las más distinguidas mansiones, dejando ver sin cortapisas los bellos y floridos patios y todo el interior de aquellas amplias casas de entonces. No salía una vez a escena el tenor francés que no fuera cariñosamente aplaudido por el público, sobre todo por el elemento femenino, no obstante haber dejado detrás el artista, hacía ya tiempo, sus treinta años.

El público habanero recuerda con verdadero deleite las representaciones de Manzelle Nitouche; «Los Mosqueteros en el Convento»; «La Bella Elena»; «Le Timbal d-Argent»; «La Gran Duquesa»; «Madame Angot»; «La Hija del Tambor Mayor»; «La Mascota»; «El Gran Mogol» y otras cuya deliciosa música por muchos años permaneció latente en nuestro recuerdo, causando hoy en el espíritu, al evocarla, esa deliciosa e intensa emoción que al transportarnos al pasado nos ayuda a soportar las amarguras del presente. Puede decirse que durante la permanencia aquí en la Habana de aquellas compañías francesas, se vivía en pleno París. Los hombres se hacan más cultos y refinados; las mujeres, más afectuosas y «versallescas». Duplan, Messiers y otros artistas compartían sus horas amistosamente y en la más íntima camaradería con los jóvenes de la «Acera», y ni por decir tiene que cierto elemento femenino de la «trouppe» figuraba en su fiestas más íntimas.

Cuando se iban los franceses, quedaba un vacío en las almas que afortunadamente volviase a llenar el año próximo... Un día se anunció no recuerdo si la muerte o la quiebra del empresario Mr. Grau, con lo que se cortó el hilo de aquellas horas felices. No más compañías francesas. No más «Lamnour d-Argent»; rio más «Mosquetaires» auq Convent... El gusto y la moda teatral tomaron por otros rumbos; pero nada ni nadie podía quitarnos el hondo y melancólico placer de recordar aquellas galantas operetas francesas de Chivot, Halevy, Audran, Blanquet, Offenbach...

Y ya en pleno ambiente parisién recordamos la primera temporada de Sarah Bernahard, cua estancia en esta capital coincidió con la del famoso torero Mazzantini, allá por el 80 y pico. Quien oyó una vez la voz de la gran trágica francesa, ya no podría olvidarla, tan variada en sus tonos: tierna en Odette, amorosa en Fru-Fru, doliente en Margarita e imponente en Fedora, autoritaria y trágica en Teodora. Con el de Sarah se asocia el nombre del gran actor francés, **su pendant**, Coquelin mayor, que se cubrió igualmente de gloria en esta sala interpretando «Le Mariage de Figaro», de Baumarchais, obra con la que debutó, entre ovaciones delirantes, «Le Tartufe de Moliere» y las más notables del teatro clásico francés.

También tuvimos un agradable recuerdo para las temporadas de ópera que todos los años, llegado el mes de Enero, invariablemente, inauguraba en aquel teatro el inolvidable Napoleón Sieni: «L'Imperatore». No hace mucho tiempo nos encontrábamos de vez en cuando con algunas coristas que figuraron en elenco de aquellas temporadas «Marieta», «Carmeta», «Leopoldina», «Antonia', etc. El bajo Prieto, «cabeza de coro», murió relativamente no hace mucho, ya cumplidos los ochenta y cinco años. Era un almacén de datos, recuerdos, chistes, frases y anécdotas de aquella «época lírica» que tan alto puso en el mundo nuestro buen gusto artístico. Tuvimos un amable y doliente recuerdo para aquella hermosa e infortunada soprano italiana, la Gini, que murió aquí en la Habana víctima de la fiebre amarilla.

EL QUITRIN

El popular y entonces joven dentista Dr. Weber acudía frecuentemente a estas audiciones de ópera y se sentaba en una luneta de primera fila cabecera a la que estaba abonado portando un volumen de la ópera que se representaba aquella noche para seguir en él la obra, compás a compás y página a página, deseoso de saber si la partitura se cantaba íntegra y de enterarse de los cortes y trasposiciones que de la misma se habían hecho, cosas que algunos criticaban al melómano como rara, y que es corriente ver, no obstante, en los teatros extranjeros. En estas audiciones líricas solían verse muchos tipos originales: el antiguo y olvidado director de orquesta que durante la representación iba llevando el comás de la música con movimientos del cuerpo, de la cabeza y de las manos, que, aunque ligeros, no pasaban inadvertidos; los viejos cantantes de ambos sexos desplazados de las contratas, que añoraban y le hablaban a todos de sus pasados triunfos; las abuelas que ponían los ojos en blanco a la llegada de ciertos pasajes de «Lucía», «Aida», «Favorita», «Trovador», y demás óperas del tiempo viejo, recordando que allá alguien murmuró a sus oídos las primeras balbucientes palabras de un amor que fué luego el encanto de sus vidas; y, sobre todo, allá arriba, en la tertulia de señoras», cuando cada sexo tenía su departamento señalado, muchas Lucías y Margaritas que acababan de dejar la aguja del taller o la escoba de la doméstica, ahogaban un suspiro romántico, ansiosas de gozar la misma pena lírica que hinchaba el pecho de aquellas heroinas de Donizetti, Gounod, Verdi, etc.; a sus nietas les pasa hoy lo mismo en el cine con las películas. Si la vida no nos envolviera, lo mismo antes que ahora y que siempre en ese velo de romanticismo, sería insoportable...

Otra característica de estas noches de ópera era poner en tela de juicio el mérito de los cantantes que se nos brindaban de presente, estableciendo la comparación con otros anteriores que cantaron **illo tempora**, en el propio escenario y muchos de los cuales sólo conocieron por referencias, los que los aplaudían y encomiaban.

—¡Oh si usted hubiese oído a la Volpini, a la Patti, a la Pasqua!...

—¡Oh Tamberlink!... Tamagno!...

Ya nos contentaríamos ahora con el gallego Varelita, tan modesto y agradable de oír.

Recordamos las gloriosas noches del maravilloso tenor Aramburo en las óperas de su predilección favorita. Aida, Forza dil Destino, Elixir di Amour, etc., sus caprichos y majaderías de cantante mimado; y la bondad y nobleza de su incansable sustituto, el magnífico tenor Antón, fallecido recientemente entre nosotros, y a la Tetrazzini, y a la estupenda Barrientos, en sus escalas y gorgoritos del «Barbero», «Mignon», «Lucía», etc. Nuestro interlocutor, el maestro Fraguita, uno de los primeros flautas de la Habana, compartía con aquellas artistas los aplausos que se lestributaban; y, al par de ellas, se levantaba de su asiento en la orquesta, para saludar, agradecido, al público; como años antes lo había hecho en igual circunstancia, con otras, su maestro el distinguido profesor flauta señor Miari; el viejo primer violinista Don Carlos Ankerman, padre de Jorge, el inspirado maestro vernáculo, sustituía muchas veces a los directores de orquesta que traían las compañías de ópera, con beneplácito del público; en las orquestas figuraban los notables profesores del patio Anselmo López, Valenzuela, Van-dergucht, Jiménez, Figueroa, etc. No cayeron en olvido las noches líricas de Margarita Pedroso, en las que el ángel de la caridad cubría con sus alas aquel coliseo repleto en todas sus localidades del público más distinguido.

El «Ateneo», «El Circulo Habanero», «La Caridad del Cerro» y otras sociedades, así como las familias más nombradas de nuestro mundo elegante, complacíanse en amenizar los programas de sus veladas y fiestas con los nombres de los más aplaudidos artistas de esta compañías de ópera; y por ello recuerda el postalista el incidente que cierta noche tuvo lugar en el elegante palacete del Conde de la Montera, situado en la calle del Prado esquina a Animas, a la sazón en que se celebraba una gran fiesta con motivo del onomástico de dicho señor Conde, allá por el año 92 o 93... Tomaba parte en el programa una aplaudida tiple de la compañía de Sieni, que funcionaba en el Gran Teatro de Tacón, de apellido Drog, rusa ella y muy hermosa; pero tan alta y corpulenta, que la célebre torre de Malakoff no le hacía nada. Estaba cantando la artista al pie del piano una romanza de Hernani», cuando de buenas a primeras sufrió un síncope a causa del calor y la digestión, y cayó, derrumbada, cuan alta era, sobre los invitados que se hallaban a su alrededor, uno de ellos el doctor Silverio Jorrín, a quien hubo que extraer con grandes esfuerzos de debajo de aquella mole. Quizás algunos de los que nos leen se encontraron en aquella fiesta y recuerden el pintoresco incidente en que necesitaron más de seis u ocho invitados para cargar con la enferma y trasladarla a un gabinete inmediato...

(Continuará el domingo próximo.)

M.E.C.D. 2016

PARA que la civilización perdure, la ciencia tiene que reestudiar al hombre. Los humanos han hecho un mal uso del avance científico, y la técnica ha creado un mundo ingrato para ellos. La crisis de la humanidad no se resuelve con el crecimiento o la prosperidad de una nación, el descenso de nuestra civilización camina a grandes pasos. Nuestros problemas tienen sus raíes en todas las capas de la sociedad y no pueden ser curados con los remedios que aconsejan los economistas y los políticos». Así habló el profesor Alexis Carrel, el mago del Instituto Rockefeller, hace tiempo, en la Universidad de Illinois, al recibir el premio «Cardenal Newman» para el avance de las ciencias médicas.

«Prosperidad económica, triunfos guerreros, democracia y demás remedios de orden político no son suficientes para curar los males presentes. Sólo la ciencia a disposición de la humanidad puede evitar que nuestra civilización desaparezca a semejanza de otras civilizaciones muertas en el pasado. Esta ciencia nos enseña como principio, que debemos obedecer las leyes de la Naturaleza y no seguir los consejos de ciertos filósofos y sociólogos ciegos que predican leyes antinaturales. Todavía hay tiempo de remediar esta oceuera y detener la caída de nuestra sociedad».

Estas declaraciones hechas por el maestro del Rockefeller cuadran en los tópicos de las líneas presentes que según nuestro último artículo intentan responder a la siguiente pregunta: ¿Quién envejece?

Envejece en primer término el que se deja arrastrar por el convencimiento de la edad cronológica. Son dos tipos humanos los que más pronto caen en las garras de la vejez, uno el que no adapta su organismo a una dieta racional y abusa de los alimentos, el otro es el que sufre de inadaptación a la edad moderna El primero porque se intoxica físicamente, el segundo porque se envenena de forma asiquira con los avances de la civilización.

Mucho se ha escrito sobre la «dieta» y el error principal es el querer establecer una dieta «universal» que sirva para todos los humanos. Cada país requiere un alimento determinado que corresponda a las necesidades del clima y de la raza. El doctor Eugenio Cienfuegos, profesor de Pediatría de la Universidad de Chile ha demostrado que las dietas usadas en las instituciones infantiles de los Estados Unidos, no se adaptan de una manera perfecta a las necesidades del crecimiento de los infantes de la América Latina. Cuando oimos las lecciones que este maestro dió a su paso por Nueva York, nos convencimos de que los organismos de los niños suramericanos responden en forma diferente a la medida hecha por los profesores yanquis. La observación del profesor chileno se puede aplicar a las personas mayores.

La «intoxicación psicológica» que es la síntesis del discurso del doctor Carrell, es un tema que ha dado que pensar a los biólogos modernos. Keyserling sostiene que el avance científico no corresponde a nuestra evolución natural y que en estos días ni siquiera tenemos palabras que expresen con propiedad conceptos de este desenvolvimiento de las ciencias. Waldemar Kaempffert, redactor científico del «New York Times», proclama el fracaso del cerebro humano» para luchar con la evolución del tiempo. Dice este escritor que a través de las edades geológicas el hombre ha habitado la Tierra y ha desaparecido en diferentes ocasiones lo mismo que esos animales antediluvianos que hoy estudiamos a través de los fósiles. En cambio la hormiga es un ser que ha convivido con el hombre y siempre ha subsistido no obstante las catástrofes geológicas y siderales. Este diminuto animal ha sabido conservar una juventud permanente y se ha reído del paso sobre la corteza terrestre de los animales antecesores del hombre, del hombre de «Cromagnon» que vivió hace 50.000 años y de las razas que representan los cráneos de Java, de Pekín y de Rhodesia, que fueron vecinos en esta Tierra hace un millón de años. La vida sencilla es la que sostiene a la juventud; los organismos más elementales tienden a vivir con más extensión. Los microbios que son quizá los organismos más simples se ha visto que pueden subsistir en estado latente por un tiempo indefinido. Como ejemplo citaremos la epidemia de cólera surgida en una región del Estado de Sikkim, en la India, a raíz de un terremoto. En esta región no se habían registrado casos previos de esta enfermedad y la opinión de los médicos fué que el movimiento de la tierra desenterró el germen que quizá había estado sepultado durante varias centurias. Esta teoría ha sido confirmada el año pasado por los experimentos hechos por el doctor B. Lipman, de la Universidad de California, al encontrar bacterias vivas en la antracita de las minas de Gales (Inglaterra) y Pensylvania. Las experiencias más tarde se verificaron en adobos extraídos de las misiones españolas de California y estas pruebas también dieron cultivos puros de microbios que durante 200 años han dormido para ahora resucitar.

Doctor Alexis Carrell, cirujano de renombre universal y miembro destacado del Instituto Rockefeller, de París, y de quien la ciencia médica espera grandes hechos.

GUN OMAR KAYAN y el Dr. ALEXIS CARREL

Las dietas no pueden ser universales, como lo ha dicho el doctor Eugenio Cienfuegos. Ni teorías filosóficas, ni dietas, ni máquinas, ni modas, dijo el doctor Carrel en un discurso, deberían ser autorizadas hasta que no se conozca su acción definitiva sobre la parte física y moral de los humanos.

POR JULIO CANTALA

El trabajo del cerebro mal orientado es el enemigo de la juventud y por tanto los que más tratan de usar este órgano de manera inadaptable son los que antes caen bajo el zarpazo de la vejez. Por consecuencia, la vida sencilla alejada de los quebrantos de la civilización sería el remedio más eficaz en contra de la acción destructora de los años y de los venenos que se acumulan en el organismo. Invocamos como ejemplo a los «epicureos» no exagerados, o sea, los hombres que contemplan la Naturaleza sin forzar su cerebro, ni inclinarse demasiado por el lado de los placeres. Mi colega Omar Khayyam vivió más de cien años.

La presente civilización considera al hombre como un poeta, un místico y un constructor de «carpas del desierto» y no saben que su figura tiene más relieve como médico. Edward Fitzgerald lo demostró y los persas se encontraron con un cantor que para ellos siempre fué un científico. Las poesías de los vates persas tales como Firdesi, Saadi y Hafiz, se han nubiado ante la acción investigadora de los ingleses, que al llegar al Oriente lo mismo descubren un pozo de petróleo que un poeta lírico. El doctor Omar escribió nueve libros de ciencia y en los ratos perdidos algunos versos o «rubaiyat», palabra que se deriva de la árabe «rubai» que quiere decir versos de cuatro líneas.

Su verdadero nombre era Ghivas Oddin Abul Fath Omar Ibn Ibrahim al Khayyami. En sus años jóvenes tuvo dos amigos llamados Nizam y Hassan con los que hizo un pacto de ayudarse en las futuras luchas de la vida. Nizam llegó a ser Gran Visir del Sultán y quiso cumplir el pacto firmado con sus camaradas. Hassan soñó con ser rico: la ambición le hizo traicionar a su compañero, y murió decapitado. Omar sólo solicitó de su compañero: «Un rincón bañado por el sol en donde pueda pasar mis días en la contemplación de la Naturaleza y pidiéndole a Dios tu prosperidad». Y así Omar vivió en calma y comenzó a escribir sus primeros trabajos, que fueron un libro de álgebra y unos comentarios sobre Euclides. Su actitud religiosa fué contemplativa y condescendiente. El fundamento de su terapéutica en casi todas las enfermedades se basa en la de un médico el siglo X, llamado Abu Jafar que en una obra de clínica titulada «Zaidul Musafir», dice:

«La mejor manera de curar la melancolía
Es beber mucho vino con melodía...»

En el año 1123 el doctor Omar murió, a la edad de 105 años, mientras leía el libro de Avicena titulado «Tratamientos», precisamente en el capítulo «El uno y los muchos».

Después de tantos años otro médico, Carrell, concuerda quizá sin saberlo, con su colega persa y en el discurso del día 21 de este mes nos dice: «Debe de ser una ley fundamental la que obligue el estudio de cada invento ya sea material o social y su acción sobre el hombre. Una teoría filosófica, una dieta, una máquina o una moda no debe ser autorizada hasta que se conozca su acción definitiva. Por eso es un error el creer que el avance de la civilización da hombres más fuertes y más inteligentes que los nacidos hace unos cientos de años. El doctor Ales Hardlika, antropólogo del «Smithsonian Institution», dijo en un «symposium» de Antropología en el «Harvard Clubs», en San Luis, que es cierto que el tamaño del cráneo humano crece, que cierto es también que el tamaño del cerebro va en aumento, pero lo que no se puede demostrar es que tales crecimientos de tamaño correspondan con un desarrollo de la inteligencia y que por tanto la teoría del «super hombre» todavía está por demostrarse si sólo nos fijamos en la parte morfológica de la cabeza humana.

Por tanto, si el «colesterol» es la causa de la arterioesclerosis y ésta el motivo principal de la vejez, la presente civilización tiene unos efectos más perniciosos que ese liponde. Y al formularnos la pregunta: ¿Quién envejece?, podríamos responder que el hombre que en las grandes metrópolis se sumerge en el mundo creado por la técnica, sin poder adaptar su cerebro al ritmo de esta civilización.

copia lo que ve. No es «escribir bien», como ha dicho Pope, el más hermoso de los dones de la Naturaleza; es «ver bien», y yo nunca me he vanagloriado de ello. Además, no hay que hacer caso del lector despreocupado, aunque inteligente y sensible, que os dice desde su rincón al amor de la lumbre, «esto es verdad, esto es verosímil, esto otro es falso», hablando de un acontecimiento lejano o de una época de excepción, que él mismo hubiera visto de otra manera a los veinticinco años, en medio de la agitación de su vida y las pasiones de esta edad. A principios de 1809 los hombres de mi carácter no eran espectadores medio adormilados en sus asientos, que miran friamente la obra, guiñando los ojos, hasta la caída del telón. Eran espectadores muy engreídos de su importancia dramática, o cómicos habilísimos en calcular los posibles ingresos. Los actores que a mí me gustaban han desaparecido; los cómicos aún están ahí: «Plaudite cives».

Nunca he tenido menos ganas de dar esta explicación que al principio de este capítulo. El cual capítulo os lo hubiera podido narrar tan bien como yo, mi pobre perrito negro, el honrado «Puck», si hubiera tenido, además de sus dignas facultades de perro, la de expresar su pensamiento, y sobre todo si no se hubiera muerto tres años después sobre mi almohada en una aldehuela del Valais. ¡Pobre «Puck», a quien durante diez años llamé mi último amigo antes de encontrar un hombre que mereciese reemplazarle en mi corazón!... Os aseguro que la mayor prueba de las justas venganzas de Dios contra nuestra loca especie es la brevedad de la vida del perro. No se debe amar hasta que uno es viejo; así se tienen menos cosas que sentir cuando llega la hora de la partida.

Pero no era esto lo que yo quería decir. Era que este episodio no es mucho más interesante que el que acabáis de leer. Se trata de algunos hechos bastante vulgares que unen los dos extremos de mi trilogía con lazos poco visibles, pero esenciales, y que no carecerían de algún mérito en el artificio y la combinación, si hubiera algo de artificio y de combinación en lo que yo escribo. Ya no se hablará más de mi extravagante amor, cuyo desgraciado fin ya conocéis. No reaparecen aquí los personajes conocidos; pero saldrán otros de los que, a lo más, sólo su nombre conocéis, pero cuyo retrato no es indigno de la historia, la cual no les ha concedido hasta aquí más que cortas y frías notas que no pueden satisfacer a un espíritu curioso.

En esta galería que os introduzco yo sólo haré el papel de un cicerone escrupuloso, porque no me permite otro empleo el insignificante papel que entre ellos representé.

La única particularidad de mi primer relato que necesito recordaros ahora es que tenía motivos para creer, al llegar a Trieste, que Diana de Marsán había muerto víctima de un naufragio o del suicidio Pero me sacó de esta cruel angustia un billete atado con una cinta carmesí como las de su góndola, que el patrón me entregó al desembarcar. No estaba firmado, y yo no conocía la letra de Diana, pero no podía ser de nadie más. Transcribiré sin trabajo sus propias palabras, porque, como imaginaran, no lo he perdido: «No se alarme, Máximo, de los rumores que oiga. Palpita aún un corazón lleno de agradecimiento y amistad hacia usted, ¿Un corazón? Mejor sería decir dos. Le ruegan que no olvide la cita, ni la iglesia, ni la señal, y yo me siento interesada en que usted cumpla su promesa por un sincero deseo de volverle a ver».

Así todo se aclaraba. La cita de que me hablaba no poda ser otra que la que me dió Mario Cinci en la iglesia de Codroipo, junto a la capilla de Santa Honorina. Mis inquietudes se desvanecieron, y ya sólo pensé en descansar de las pasadas agitaciones en las dulces emociones del estudio, que iba siendo mi principal goce.

No era esto muy fácil en Arieste, donde el partido alemán y el partido de la conquista dividían las almas y las conversaciones; pero por un azar digno de anotarse los emigrantes franceses no eran sospechosos. Estos hombres, que por una acertada elección habían fijado su residencia en esta encantadora comarca, se naturalizaban tan fácilmente en ella, que a verlos entregados a útiles y laboriosas industrias se olvidaba de día en día su origen. Uno de nuestros más brillantes marqueses había fundado allí una gran casa de comercio que tiene hoy fama europea. La mejor fonda del país estaba regentada por un canónigo, el amable y sabio abate Mauricio Trophine Reyre, y en todas partes sucedía algo por el estilo. Las opiniones, como las costumbres, se habían identificado según la posición y el carácter de cada uno; pero puede tanto la seducción de la gloria sobre nuestra vanidad nacional, que el partido de Bonaparte dominaba un poco. Para creerlo sería preciso haberlo visto. Pero, lo repito, no había prevención exclusiva contra los franceses porque no había comunidad entre ellos; cada cual sólo contaba con los suyos.

Yo llegaba en mis momentos de lucidez a esta edad del eclecticismo, que es la de la razón; pero los momentos lúcidos eran raros en mi vida de joven y la vieja levadura de la liga, como decía Enrique IV, fermentaba algunas veces en mi corazón sólo con oír el nombre de Napoleón; ¡hermosa y sabia enemistad que nos ha llevado lejos al mundo y a mí! (¡Muchas gracias por la semejanza!) Yo ya no creía en la posibilidad de esta república universal, para la cual unos cuantos estudiantes inteligentes, apasionados y absurdos habían creado una lengua, leyes e instituciones; pero seguía unido a su causa, aunque no fuera más que por el recuerdo de sus inútiles y desdichados sacrificios. Su sangre me gritaba en mis oídos y me reprochaba que no hubiera muerto con ellos, si no era capaz de servir a su memoria y sus proyectos al menos con el concurso de las fuerzas que ellos me habían conocido y en las que tan abnegadamente habían confiado. Yo pensaba a menudo que nos habíamos equivocado; pero ninguna reflexión podía desviarme del deber de seguirles y acabar como ellos.

Aunque tenía que estar poco tiempo en Trieste, no me quedaba más remedio que elegir entre dos sociedades de compatriotas míos, muy diferentes que el mismo pueblo había diferenciado: la de los «Nasoni» y la de los «Gobbi». Estas denominaciones insultantes, determinadas probablemente por algún defecto físico de los dos personajes principales de ambos bandos, separaban de modo insuperable a nuestros viajeros, a nuestros refugiados y hasta a nuestros proscriptos; tan verdad es que los hombres que más debían unirse encuentran siempre y en todo razones para odiarse. Como yo no quería odiar a nadie, tomé un partido, no medio, sino alejado de ambas tendencias, y me recluí, sin que nadie lo notara, en la más modesta hostería del barrio de los judíos, sólo frecuentada ordinariamente por modestos vendedores y por labriegos de las montañas. Me agradaba mucho esta sociedad verdadera en medio de una multitud indiferente, porque no hay nada menos importuno que la muchedumbre cuando no nos conoce.

Mi primer pensamiento había sido empezar desde allí mis excursiones, tan bellas en esperanzas, por los poéticos pueblos de los Morlacos, por las tribus completamente primitivas de Montenegro, por las ruinas de Salona, de Epidauro, Trigurium y Macaria. Mis compromisos con Mario no me permitían realizar este largo viaje, y además el pequeño pero brillante ejército del general Marmont se desparramaba por el país intermedio, para llevar a cabo, a las órdenes de este bravo capitán, la famosa unión de Brug, que es una de las más hermosas operaciones militares de los tiempos modernos y que pareció afirmar eternamente en Wagram los destinos del nuevo Imperio. Me limité, pues, a recorrer los lugares más próximos a mi estación de destierro, los restos de Aquilea, los grandes destrozos de Pola, las maravillas naturales de Zirchnitz, las fantásticas minas de Idria, y esas antigüedades nominales cuyo único monumento es la tradición; la orilla del Save, donde están impresos, según dicen, los pies de Cástor y Pólux; el lugar donde Jasón hizo picar la primera piedra de su joven ciudad de Emona; la roca desde donde Japix hablaba, y el circo de Diomedes.

Los días que no salía de Trieste los pasaba vagando por el «Parnedo», enorme bosque que servía de paseo a la ciudad antes de qu su ingenioso y hábil intendente, Luciano Arnault, hubiese abierto otros paseos más regulares, más elegantes, más franceses, más cercanos a la ciudad y al puerto, pero que nunca me recordarán tan dulces sueños y deliciosas impresiones. El «Parnedo» era un bosque para naturalistas, poetas y amantes. Al principio de mi estancia el tiempo no era muy favorable para aprovecharlo; pero al final comenzaba a embellecerse. Apenas la primavera le prestaba al «Parnedo» sus primeras gracias; pero era la primavera del «Parnedo», que desde el nacimiento tiene mujeres, flores y mariposas; que tenía aquella vez, para que no le faltase ningún atractivo novelesco, ladrones y peligros. Yo no sé si hubiera sido más feliz bajo la protección de nuestros gobernadores, soldados y cañones.

La mesa del comedor donde a mi vuelta me sentaba todas las noches ofrecía, y esto me encantaba, pocos temas de conversación. Ordinariamente los huéspedes eran muy honradas gentes, preocupadas con sus negocios, que me dejaban gozar en paz de la dicha de no tenerlos, y que tenían además la bondad, para dejarme bien a mis anchas de hablar en cualquiera de los cincuenta dialectos del eslavo, o en cualquiera de las cincuenta jergas, más impenetrables aún para mi talento, del Vrioul, del Tirol o de Baviera. No obstante, el continuo trato en la mesa debía acabar por establecer una especie de intimidad entre algunos de mis comensales y yo. Entre ellos había dos que hablaban francés con gran corrección y que estaban más versados que yo mismo en la tecnología de las ciencias físicas, principal objeto de mi estudio y de mi cariño. Pronto trabamos amistad.

El primero era conocido en Trieste bajo el nombre de doctor Fabricius y así le designaré de aquí en adelante, aunque haya oído decir que se llamaba de otra manera. Se había forjado en su vida exterior una gran reputación médica fundada sobre teorías singulares, pero extremadamente discutidas por

gentes que creían saber mucho del arte de las hipótesis, de las cuales él no se preocupaba gran cosa. El segundo era un joven polaco llamado José Solbioski, y no Solbieski, como dicen los biógrafos. José poseía inteligencia y corazón suficientes para sugestionar a un alma menos sensible que la mía, que no deseaba sino amar a alguien. Le estimé en seguida. Tenía mi edad poco más o menos; lo que a mí me gustaba le gustaba a él; lo que yo sabía, él lo sabía mejor. Yo era más alto y más fuerte; él era más dulce, más bueno, más bello. Sobre estas bases se ligan simpatías indisolubles. Yo no creía que discrepara mucho de mis opiniones; ¡y una idea es tan poca cosa al lado de un afecto!

Por miedo a contrariarnos recíprocamente, los dos nos manteníamos en una reserva absoluta sobre las cuestiones políticas que absorbían al mundo, y yo le concedía tan poca importancia por mi parte a que una armonía más unieraa nuestros sentimientos—de tal manera bastaban las demás para unirnos inseparablemente—, que no traté de conocerle más. Como Solbioski ha tenido después en Alemania una reputación histórica cuyo rumor no es probable que haya llegado hasta vosotros, me perdonaréis que os le haga conocer con más detalles al principio de un relato en el que casi no me abandona un momento. Comenzaremos, no obstate, por el otro.

El doctor Fabricius tenía cerca de setenta años; pero era uno de esos septuagenarios adolescentes de alma y de imaginación que se imponen al espíritu de los jóvenes por su verbo y su vivacidad. ¡Lo que más chocaba en su singular rostro era un pronunciado tipo que no tenía nada de alemán, antes bien su perfil fino, afilado, saliente, recordaba algo al andaluz o al moro. Su delgadez morena y huesuda, que dejaba casi al desnudo el juego activo y apasionado de sus músculos; la penetrante agudeza de sus ardientes y movibles ojos, cuyo disco era un carbón y su mirada una flecha; la rara limpieza de sus cabellos, negros aún, que se erizaban espontáneamente al menor pliegue de su frente, todo este extraordinario conjunto le daba cierto aspecto de águila.

He oído a pocos hombres de palabra más abundante; pero si esta abundancia maciza, sostenida, elocuente, incluso cuando era difusa, se desparramaba en episodios y figuras era por exceso de riqueza; él se complacía en esto, pero sin perderse. Un hombre formado de este modo no podía estar completamente aparte de las grandes ideas que entonces conmovían a Europa; pero él se abstenía como algo de afectación de todas las conversaciones en que, a pesar nuestro y por el natural movimiento de las inteligencias, estas ideas salían a relucir. La preocupación que le dominaba parecía ser un espiritualismo exaltado, una teoría especulativa combinada con los principios de Swedenborg, de Saint-Martín y quizá de Weisshaupt; pero su gran entusiasmo por los libros de Arnolt y otros filósofos tungend-bundistas revelaba en él un profundo sentimiento de la libertad.

El doctor sólo se había detenido en Trieste para arreglar unos asuntos de interés con los encargados de la administración de sus bienes en un radio muy extenso, pues se decía que era muy rico, aunque nadie lo hubiera adivinado en la modestia de sus gastos y en la sencillez de sus costumbres. Así, que no podía extrañar verle a menudo hablando con viajeros que sólo habían venido por él, y que no se alojaban. Si yo entonces los hubiera conocido, hubiera podido observarles mejor, y hoy conservaría un recuerdo más exacto que me permitiría describirlos; pero ya he dicho que entre mis nuevos amigos y yo no existía ninguna relación política. Estos extranjeros que se sucedían cada día eran: Kolb, Marberg, los Pelópidas los Thrasybules del Tirol, los bravos *hermanos Woodel, fusilados después en Wesel el 18 de septiembre, del mismo año, el hostelero Andrés Hofer, en quien me fijé más porque le había oído nombrar muchas veces en casa del marqués de Chasteler con motivo de los acontecimientos de 1808; y éste es tan conocido, que las impresiones que me ha dejado no enseñarían nada nuevo a nadie si no es que diferían un poco de las que mis lectores han podido tomar en la historia. La celebridad, de unos y otros no alcanzó su apogeo hasta un mes después del paso de Andrés Hofer por Trieste, es decir, en la memorable victoria de los campesinos, que el Tirol celebra en el glorioso aniversario del 29 de febrero.*

Yo había hecho algunas conjeturas sobre la aparición del Sansón de Passeyer en nuestra miserable hostería del Oso, pero no las relacioné. Era muy natural que Andrés Hofer, quien en virtud de su profesión poseía una agencia de negociosc muy extendida, según la costumbre del Tirol, tuviese asuntos que tratar con un propietario opulento como el doctor Fabricius. En cuanto a la activísima parte que José Solbioski tomaba en sus secretas negociaciones, no era muy difícil de explicar sabiendo que José iba a ser yerno del doctor en cercana fecha, pues «estaban esperando a la futura». He comprendido después que esta frase, que en el «zergo» de las sociedades secretas tenía un sentido místico, podía entonces tener también doble sentido; pero soy tan poco curioso y sentía tantos deseos de desprenderme de todos esos misterios, que ni una sola vez se me ocurrió ver en ella otra cosa que su valor literal.

Pocos hombres han preocupado tanto a los alemanes en estos últimos tiempos como Andrés Hofer, y verdaderamente ningún hombre ha justificado con tanta dignidad ese entusiasmo. Por sus virtudes y su piedad llamaban a Andrés Hofer el «Santo del Tirol», como a Cathelineau le llamaban quince años antes el «Santo del Anjou», y entre todos los que he visto, ningún nombre respondía mejor que Andrés Hofer a la idea que yo me había formado de Cathelineau.

Sin embargo, quiero concederle a la crítica un punto importante, y es que esta opinión mía se ha formado después y sobre impresiones muy ligeras y fugitivas, pues yo sólo vi a Andrés Hofer durante dos días, y no le pude dirigir la palabra por la sencilla razón de que él no conocía más que poquísimo italiano y no sabía una palabra de francés. Pero me interesó verle por la reciente impresión que tenía de su primera hazaña histórica, y cuando algún tiempo después volvió a figurar en los acontecimientos de Alemania logré rehacer su tipo físico y moral con tanta vivacidad acaso como si no hubiera perdido de vista el modelo. Así, que creo conocerle tan bien como los que le han pintado. Pero como sé que no estoy dotado de las raras aptitudes que exige la «aprehensión» de un personaje completo, no quiero exponerme al reproche que me atraería mi presunción si se tratara de reproducir, otra vez, después de tantas otras, esta fuerte e ingenua figura. No haré, pues, más que rectificar humildemente lo que de él se ha dicho, según mis propias sensaciones y mis íntimos recuerdos.

Entre los alemanes de la generación actual se da como indiscutible que Andrés Hofer tenía la estatura desmesurada de un semidiós. Es muy propio de los pueblos el figurarse así a sus héroes, y Alemania tiene toda la poesía, como tiene toda la grandeza, de un pueblo primitivo. ¡Oh, es una nación sublime! Andrés Hofer era alto, pero su estatura no excedía mucho de la ordinaria entre los montañeses. Sólo que el extremado desarrollo de sus músculos y de sus huesos le daba, como han dicho, cierto aspecto de atleta. Toda su constitución física tenía tan formidables proporciones que podían parecer inmensas. Frisaba entonces, a lo más, en la edad culminante del vigor en los hombres sobrios, castos y bien organizados, si no tenía, en efecto, más que unos cuarenta años; pero parecía más viejo, y no era a causa de ese cansancio que produce la continuidad de emociones apasionadas y violentas contenciones de espíritu, pues acaso no se haya visto nunca rostro más sereno y reposado que el suyo. Se ha dicho en nuestros diccionarios históricos y en nuestras revistas que estaba muy encorvado, lo que se atribuía a la costumbre de los tiroleses de llevar penosamente a cuestas fardos pesados en las subidas arduas y rápidas. Andrés Hofer, cuyo padre era rico y cuya fortuna él había aumentado también en honradas industrias, no debía haber llevado más fardos que los que le pilhcía cargar sobre sus anchos y robustos hombros. «Encorvado» es seguramente una falta de traducción. Estaba «abovedado» (1), como los labriegos alpinos y dejaba caer, como ellos, su enorme cabeza sobre su pecho, sin cuidarse de la noche perpendicularidad que caracteriza nuestra especie. Se ha observado que esta clase de conformación es propia de los pueblos belicosos y de los grandes guerreros. Alejandro, Carlomagno, Enrique IV, el mariscal de Saxe, Napoleón y Pichagru estaban «abovedados». Cathelineau, el menecmo moral de Andrés Hofer, estaba abovedado» como éste.

No tenía tampoco Andrés Hofer, cuando yo le vi, esta larga barba que le atribuyen, y que dicen que la conservaba como desafío para contrariar siquiera en algo la voluntad de su mujer. Por otra parte el imperio de su mujer era absoluto; circunstancia ingenua y conmovedora que han hecho mal en olvidar sus historiadores.

Si después se la dejó, fué al abrigo de las rocas, y entre los precipicios que le sirvieron algún tiempo de asilo hasta el día en que fué preso, en 1810, para ir a morir a la puerta Cesena de Mantua, a una veintena de pasos por debajo del bastión.

Lo que le distinguió en la guerra como en la administración fué un profundo sentido moral, llevado, según el decir de los hombres de Estado, hasta la puerilidad. Era una filantropía tan dulce que no tenía que reprocharse ni una gota de la sangre vertida en las batallas, donde él era el primero en exponerse. Nadie le había visto manejar un arma ofensiva. En la vida era una criatura sencilla, bondadosa, alegre, tan afectuosa como puede serlo un gigante que acaricia enanos, un viejo que se hace niños con los niños. Para el vulgo Andrés Hofer no era en realidad más que un buen hombre, y eso sería aún para mí si no hubiese sido Andrés Hofer.

Llego ahora a José Solbioski, cuyo nombre me recuerda, como ya lo he dicho, sentimientos más personales, y a quien, después de un mes de trato afectuoso, consideraba casi como un hermano. Hijo de uno de los nobles y desgraciados militares que cayeron en las guerras de la libertad de Polonia, en 1794, bajo las banderas de Kosciusko, había sido adoptado a los diez años por el doctor Fabricius, y basta esta relación, probablemente fundada en la simpatía política de los padres, para explicar la sabia dirección de sus estudios bajo la mirada de uno de los hombres más ilustres de AAlemania. Solbioski se expresaba con facilidad casi elocuente en la mapor parte de las lenguas de Europa y poseía con perfección extraordinaria, incluso entre los sabios de profesión, la doctrina y la nomenclatura de las ciencias físicas y filosóficas, las cuales acababan de hacer tan grandes conquistas por medio del análisis y del método en ese país de las invenciones y del perfeccionamiento, que es el único que tiene derecho aún a creer en la marcha progresiva del espíritu humano. Es indudable que José debía a la feliz tutela bajo la que el azar le había colocado toda su instrucción; pero él pagaba religiosamente a su padre adoptivo, pues la bondad de su alma no cedía en nada a la elevación de su inteligencia. En esta abnegación agradecida y piadosa residía sin duda el principal secreto de su vida. Su amor por una de las tres hijas del doctor debía hacer el resto; pero ya saben que yo conocía estas confidencias sólo por casualidad. Unicamente después, andando el tiempo, me enteré de que José Solbioski había sido en la campaña de 1808 el alma de las generosas empresas de Andrés Hofer, cuya inteligencia fuerte y sana, pero poco desarrollada, no hubiera podido abarcar los complicados asuntos en que comprometía de nuevo su fortuna cuando llegó a ser, por la fuerza de los acontecimientos, el jefe militar y político, el comandante y legislador del Tirol; época casi única entre todas las épocas en la que un hombre del pueblo, sin cultura ni ambición, se encontró en sus manos la suprema autoridad sin haberlo deseado, y que usó de ella sin abusar. Nadie ignora que la administración de Andrés Hofer fué comparada entonces a la de Sancho en la isla Barataria, y dudo que se le pueda hacer un elogio mejor y más completo, pues los pueblos no pueden tener mejor árbitro que el buen sentido de un hombre sencillo y moral. La inteligencia sonríe sin duda ante algunas de estas leyes circunstanciales improvisadas por un pobre hostelero de pueblo investido por la guerra, y rodeado por un cinturón de batallones enemigos, con los derechos del supremo poder; pero se mezclan lágrimas de ternura a esta sonrisa cuando se lee el texto de las paternales proclamas inspiradas por un tan grande amor a la humanidad. No les ordena a sus hermanos, a sus hijos, acosados como fieras entre sus riscos; no les pide a su amor pues sólo sabe mandar en nombre del amor, sino que eviten la efusión de sangre extranjera, fuera del caso legítimo de su defensa personal, y que santifiquen sus armas con las plegarias, con las buenas obras y las buenas costumbres. Entre las problemas hay una fechada en Insprick, cuando acababa de entrar vencedor de los bávaros a la cabeza de veinte mil campesinos, en la cual este gigante de cuarenta años, organizado como otro hombre cualquiera para sentir las pasiones, se dirige a las mujeres, les recuerda su religión y el pudor antiguo y sus brazos, siguiendo la casta costumbre de sus madres Esto quizá sea muy ridículo, pero sería sublime en Plutarco, en la vida de Escipión, de Aratus o de Filopoemen.

(1) En el original, «vouté».—N. del T.

No he perdido de vista a Solbioski en esta digresión, puesto que él era en esta época de que he hablado secretario de Andrés Hofer. Había una especie de identidad entre estas dos nobles criaturas. Eran un cuerpo y un alma. ¡Júzguese cómo era José!... A primera vista, su color fresco y puro, su dulce mirada, su risa siempre afable, aunque a veces amarga y melancólica, y sus largos cabellos rubios y rizados no denotaban el héroe de los tiempos difíciles, y sin embargo el singular aspecto de sus cejas, de sus pestañas y de su obscuro bigote le permitían que prestara a su fisonomía en algunos momentos un algo imponente. Tomaba entonces ese aire de resolución y de altivez que revela un gran carácter; pero se necesitaba más experiencia y perspicacia de la que yo he creído nunca poseer para adivinar a un conspirador tras este ángel de azules ojos.

-CONTINUARA-

M.E.C.D. 2016

EL CASO DE NUEVA JERSEY Y EL PORVENIR DE LA UNION FRENTE A LA LUCHA DE IDEOLOGIAS

Los partidarios de Hague que repelen en masa a los predicadores de avanzada se declaran dispuestos a defender a su ciudad de la «invasión extranjera» que va de Nueva York

DOROTHY Thompson escribió una vez que cuando el fascismo llegara a los Estados Unidos se llamaría «ciento por ciento americanismo», «democracia depurada», cualquier cosa menos fascismo. El Duce o Führer se llamaría «chief» y la norma disciplinaria sería «lo que el «chief» haga está bien hecho». La eminente comentadora escribía en la época en que el país recapacitaba sobre lo cerca que había estado del fascismo con la máquina electoral automática y autómata que montó Huey Long en el Estado de Louisiana y que empezaba a extenderse por todo el sur y el oeste cuando Long fué asesinado.

Ahora es Hague, Alcalde de Nueva Jersey, pero cacique político de todo el Estado, y vicepresidente de la organización nacional del Partido Demócrata que es el partido de Roosevelt en el gobierno. Hague se proclama el defensor de la democracia y del americanismo. A los que tratan de llegar a Jersey para predicar doctrinas 'inamericanas» como el comunismo, los «invasores extranjeros». La Legión Americana, la Unión de Veteranos Católicos, la Liga de Damas Patrióticas y docenas de otras organizaciones de fuerte tinte fascista están con él. George Vickers, líder de veteranos y un tiempo Comandante del Cuarto Regimiento de Infantería de New Jersey ha declarado: «Cuando el espíritu de motín que está en todos nosotros se manifiesta, a nadie le está permitido asumir la responsabilidad de las consecuencias con el pretexto de que simplemente está ejerciendo el derecho de la libertad de palabra. Ha llegado el momento de cesar de hablar y de hacer algo».

Cuando se anunció que dos diputados federales de izquierda O-Connel, demócrata de Montana y Bernhard, laborista de Minnesota llegaron a Nueva York de paso para el vecino Estado de Nueva Jersey a desafiar la omnipotencia de Hague, el Comandante del Cuerpo de Veteranos Católicos de Nueva Jersey, Mayor Charles Brophy dijo: «800 de nuestros hombres debidamente uniformados y armados de látigos de goma maciza estarán allí para esperarlos». La noche esa New Jersey estaba de gala, más de 65,000 personas llenaron las calles y plazas en torno del sitio donde los diputados desafiantes se proponían habitar. Enormes letreros daban la consigna: «No queremos lecciones de extranjeros». «Los rojos no tienen sitio en esta ciudad». «Que se vayan a la Rusia Soviética a donde pertenecen».

O-Connell y Bernhard en comunicación constante con Nueva Jersey en un hotel de Nueva York resolvieron aplazar su visita. «Me marcho a Washington declaró, Bernhard, al demonio con todo esto». En vez de los discursos de los dos diputados Nueva Jersey oyó esa noche a una docena de oradores de todos los campos sociales, todos por Hague. La señora Teacy, Presidenta de las Madres Estrellas de Oro de Nueva Jersey (madres de veteranos o veteranas ellas mismas) dijo: «Hemos batido a los invasores, sirva esto de advertencia a los «extranjeros» que pretendan inmiscuirse en nuestros asuntos domésticos. No queremos que lleguen a prender en esta tierra nuestra, esas cosas que han convertido a la mitad del mundo en un matadero».

Entretanto el socialista Norman Thomas ha deducido causa criminal contra las autoridades de Nueva Jersey por «secuestro». Dos veces cruzó el río Hudson que separa a Nueva York de Nueva Jersey y las dos veces fué acompañado por la policía de Hague hasta «la frontera». Thomas alega que no hay ley que autorice semejante procedimiento y por lo tanto él fué víctima de un «secuestro físico». Pero en Nueva Jersey, Hague lo ha dicho «Yo soy la ley». Y parece que efectivamente lo es.

La derrota ha inducido a los elementos avanzados a tentar otros recursos. Se dirigieron a Roosevelt pidiéndole que interviniera por tratarse de actos de violación de la Constitución Federal de los Estados Unidos; en todo caso para que hiciera remover a Hague del cargo de vicepresidente del Partido Demócrata. Roosevelt declaró que éstas eran cuestiones locales en que el gobierno federal no podía mezclarse. Sin embargo, pocos días, sin duda por orden suya, el Ministerio de Justicia iniciaba una investigación en Nueva Jersey para establecer si se estaban violando los derechos básicos de libertad de palabra y de reunión que garantiza la Constitución Federal.

Se la lee en inmensos cartelones que llenan la ciudad y los contornos, «pagados por el Comité de Veteranos en Defensa del Orden y la ley». El más destacado de los personajes en estos carteles es Norman Thomas a quien muestran en una fotografía con el puño cerrado en alto a la manera de Moscú». La leyenda dice: «Aquí está Norman Thomas jurando lealtad a Rusia». Este rojo está tratando de invadir Nueva Jersey. Esta es la clase de juramentados que estamos combatiendo. Queremos que él y todos los comunistas y otros grupos antiamericanos se mantengan fuera de Nueva Jersey. Estamos con Hague en su lucha para mantener a los rojos fuera de Nueva Jersey.

El caso de Jersey tiene consternada a mucha gente en Estados Unidos por las explosivas posibilidades que ofrece para la integridad del país. Es evidente que el espíritu de Nueva Jersey puede llegar a conflicto con el espíritu nacional.

En todas partes las mujeres están encantadas con el nuevo shampoo

Ni jabón ni grasa.-Y embellece el pelo.

Dicen que las pruebas son las que convencen y así se han convencido todas las damas que han probado el sorprendente shampoo recientemente puesto a la venta en los Estados Unidos y Europa. Una simple aplicación permite obtener no sólo una nueva sensación de pulcra limpieza, sino que hace desaparecer el viso mate que usted tiene en su pelo. Se lava la cabeza con este moderno shampoo e inmediatamente el cabello recobra su belleza natural y adquiere una esplendorosa apariencia.

Observe el pelo de esta joven. Fíjese en la diferencia que se provoca cuando se usa este revolucionario shampoo; por eso todas las damas se deciden a probarlo inmediatamente. Es lógico: usted también deseará darle a su pelo la belleza que realmente puede tener.

Los motivos que originan este milagroso efecto están reservados por un secreto científico. No se trata de una sustancia jabonosa ni que contenga grasa. No es ni aceite ni jabón. Es un sencillo shampoo líquido, pero es algo que usted no ha podido conseguir hasta ahora. La ciencia nos ha proporcionado algo rigurosamente nuevo; tan nuevo y original que su proceso de elaboración ha sido patentado.

Sólo se necesita humedecer el pelo; rociarlo con una pequeña cantidad del shampoo y, con una breve frotación, se obtiene tan preciosa y deslumbrante espuma como no puede darla ningún jabón. Esta espuma no tiene ninguna sustancia ácida o alcalina; por el contrario, es tan neutral que lo mismo puede aplicarse al pelo reseco que al grasiento. Sencillamente, usted se limita a frotar bien su pelo y a enjuagarlo con agua clara. Con eso basta.

"¿Cómo?—dirá Ud.—¿no se necesita vinagre o limón o cualquier otro enjuague?—Y se le responde que "no".—No son necesarios: sólo se requiere agua limpia.

Esto es lo más sorprendente.—Drene no deja ese viso mate en el pelo que opaca su brillo natural, como ocurre con los antiguos métodos para lavarse la cabeza Su cabello quedará suave, radiante, sedoso, al ser lavado con Drene.

Drene no afecta ni al pelo descolorido ni al teñido. Y algo más; la caspa desaparece con el uso de Drene porque este shampoo deja el cuero cabelludo escrupulosamente limpio.

Este producto ha sido probado y aprobado por el Good Housekeeping Institute, en los Estados Unidos.

Las damas que lo han usado continuamente se muestran orgullosas del estado saludable e higiénico de su cabeza y del vigor y la belleza que el pelo ha adquirido. Los médicos lo recomiendan porque elimina las enfermedades del cabello y lo mantiene sano y limpio La propia limpieza del cuero cabelludo, con este nuevo método Drene, vigoriza el pelo. Y hasta la extrema sequedad del pelo y de la cabeza responde a la acción vivificante del método Drene, para lo cual sólo se requiere uno o dos shampoos a la semana, y unos pocos minutos de activo masage.

Drene es elaborado por Procter and Gamble, en los Estados Unidos, y distribuido en Cuba por Sabatés, S. A.

Usted puede comprar Drene en frascos de dos tamaños. Se halla a la venta en farmacias, perfumerías y tiendas de "Ten cent". En la mayor parte de los casos sólo se necesita la cantidad que cabe en una cuchara para conseguir un perfecto shampoo.—Y tenga la seguridad de que Drene es el más económico y embellecedor shampoo que usted haya usado. Pruébelo lo más pronto posible. Compre el tamaño grande. Así le saldrá mucho más barato cada lavado de cabeza.

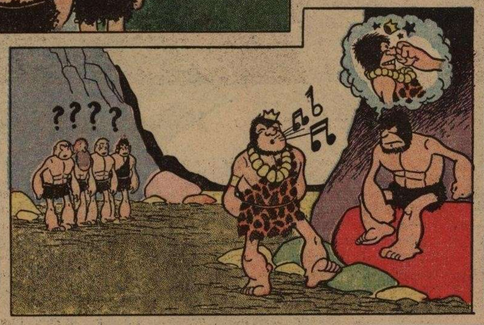
TRUCUTÚ

por V. T. Hamlin

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA

CONTINENTE DEL PACÍFICO

APARTE de la extraña similaridad entre las leyendas y la arquitectura de las regiones del Pacífico, hay otros dos hechos que señalan la posibilidad de un continente en dicho océano en las épocas prehistóricas. Primero, se cree que la raza polinesa es de origen blanco, y segundo los templos en ruinas de las islas, se parecen mucho a pesar de las distancias.

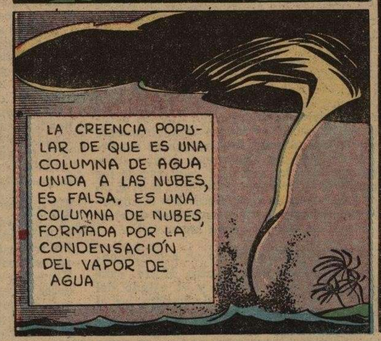


MARAVILLAS DEL MUNDO

por Lyman Anderson

LAS TROMBAS

SON FENÓMENOS DEL MAR QUE HACEN ELEVARSE ENORMES COLUMNAS DE AGUA HACIA EL ESPACIO EN UN MOVIMIENTO GIRATORIO CAUSADO POR LOS TORBELLINOS ATMOSFÉRICOS



LA COLUMNA DE AGUA VARÍA DE VARIOS PIES DE ALTURA HASTA UNA MILLA. PUEDE QUEDAR SUSPENDIDA UN MINUTO O UNA HORA, MOVIÉNDOSE SOBRE EL MAR, O QUIETA EN EL MISMO PUNTO.

EL PROFESOR CARIÑOSO

LA LIBERACIÓN DE PEPITO

LA CASTORIA DE FLETCHER ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS. NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. • PIDA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA

M.E.C.D. 2016

LA FIGURA FOTOGENICA

Por Sam Lukas

MUJERES que aspiran a hacerse artistas de cine, tomen nota de estos datos: la figura física humana, por perfecta que parezca a la simple vista, no basta para asegurar que las compañías de películas firmen un contrato. Antes de conseguir el reconocimiento de Hollywood se requieren innovaciones radicales, y no todas las aspirantes salen con éxito de la prueba.

Esto de las innovaciones, que en buen lenguaje

de sastre se llamaría alteraciones, tiene que ver con el busto, con las caderas, con las piernas y con los hombros, elementos que constituyen, junto con el perfil y los ángulos faciales, eso que los técnicos de la pantalla llaman los aspectos de la prueba fotogénica.

¿No lo sabía usted? La transformación de las artistas de cine es una ineludible necesidad técnica, no una chifladura de los maquilladores y los peritos en dietética... La cámara cinematográfica aumenta el volumen de las figuras humanas de 10 a 15 libras, de modo que una mujer tamaño 36 viene resultando ante el lente una especie de 38 rebajado, pero con el énfasis de la grasa en aquellos sitios donde menos pueden disimular las damas los signos de la obesidad: en las caderas y en los brazos.

Hasta hace relativamente pocos meses, el método más generalizado para hacer una buena prueba fotogénica consistía en declararse en huelga de hambre y rebajar de carnes a la brava. Los actores, por lo común, apenas si podían comer mientras estaban sin colocación, y después que los contrataban para el cine la situación era más desesperante, porque entonces podían disponer de medios para comer, pero la elegancia fotogénica no se los permitía. Había que ver a estos estimables jóvenes haciéndole los honores a las hojas de lechuga mientras sus estómagos apetecían un buen plato de jamón gallego, de carne empanada o de cocido a la irlandesa. De las damas, no hablemos: se ponían completamente demacradas a fuerza de ayuno y ejercicios para conservar "la línea".

Disfrazábase este absurdo método de transformación física por medio de las ficciones de la dieta, que se daban a conocer en los periódicos como descubrimientos muy dignos de la atención del público. Importaba poco que las recetas y fórmulas mágicas para adelgazar fueran disparates, porque a las señoras gruesas que abundan en este mundo les bastaba que se dijera que los consejos procedían de Hollywood para aceptarlos sin titubeos y llevarlos a la práctica aunque corrieran el peligro de ir a parar al cementerio, como de hecho casi fueron a parar las actrices Lilyan Tashman y Helen Burgess después de someter sus organismos a uno de estos bárbaros experimentos.

EL descrédito que siguió a estos y otros casos de artistas que se enfermaron por hacer dietas exageradas, ha resucitado la sensatez entre las mujeres del cine. Hoy día, ya Hollywood vuelve a comer finos manjares, postres deliciosos, y platos llenos de sustancia. La administradora del restaurante de los estudios Metro, señora Frances Edwards, dice que no sabe de nadie que esté a dieta en la ciudad pero que antes sí abundaban las personas que se alimentaban de sandeces, tales como la fórmula de chuletas de ternera y la piña, el régimen de la leche y el de los 18 días. "Lo único que evitan los artistas—dice la matrona del restaurante—son las comidas que contienen mucha grasa".

En las fotografías quietas no hay temor de que las artistas puedan verse entradas en carnes, pues al fotógrafo le es sumamente fácil retocar las curvas, rebajar las protuberancias y uniformar la esbeltez general de la silueta. De ahí que las fotos que solemos contemplar en los periódicos sean tan bellas, y las criaturas retratadas aparezcan tan impecablemente perfectas.

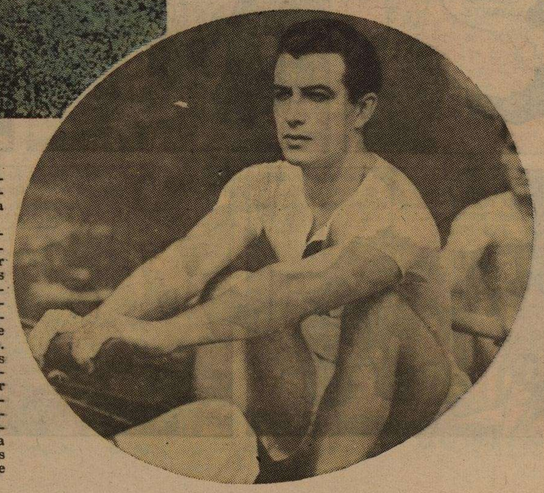
Para hacerle frente a las cámaras cinemáticas, sin embargo, se necesita poseer una forma de atractivos auténticos, y resulta tan difícil limar las asperezas del cuerpo humano, que los estudios dedican un personal idóneo exclusivamente a la tarea de transformar los cuerpos de las artistas. Estos expertos sostienen criterios diferentes en cuanto a las ventajas relativas de los masajes o de los ejercicios, pero todos convienen en que el mejor método es la dieta bajo la supervisión de un médico y la mayor cantidad de ejercicio al aire libre que se pueda hacer.

DONALD LOOMIS, el perito en acondicionamiento físico de la compañía Metro, examina la presión de la sangre y el estado del corazón de los artistas antes de imponerles el régimen de la dieta y el ejercicio.

"Esta es una ciudad de milagros—dice—y esperan que nosotros transformemos a los seres humanos con la misma rapidez con que se hace un cambio de escenografía." Loomis ha realizado la proeza de hacerle rebajar 35 libras en 30 días a una artista, sin causarle ningún trastorno físico, pero generalmente exige que la filmación de las cintas sea demorada mientras él hace su trabajo en condiciones normales para el paciente. Casi siempre, el peso que se le rebaja a las mujeres hay que aumentárselo a los hombres, de modo que este experimento dietético permite estudiar todos los aspectos del oficio. Hay una excepción a la regla de que todos los actores necesitan aumentar de peso, y esa es la del genial comediante Frank Morgan.

El orgullo profesional de Loomis es Robert Taylor, a quien ha hecho aumentar 35 libras de peso desde que lo tomó bajo su cuidado hace tres años. En aquella época, Taylor se llamaba Arlington Brugh, y era un muchacho flaco y huesoso, con los hombros redondos y medio desvencijados. Al cabo de año y medio su pecho había aumentado 17½ centímetros y su cuello unos 5 centímetros, o sea de 13 a 16 pulgadas de circunferencia. Con estas pequeñas innovaciones, Robert Taylor se asemeja actualmente a un dios de la mitología griega.

Oympe Bradna (izquierda) haciendo ejercicios en un cinturón mecánico para conservarse esbelta, y Robert Taylor (abajo) el muchacho flaco y de hombros redondos que aumentó 35 libras de peso en 18 meses bajo la dirección de Donald Loomis, para poderse convertir en un dios griego del lienzo.



Los artistas de la compañía Paramount tienen la oportunidad de escoger entre someterse al tratamiento pericial o rebajar ellos sus grasas de acuerdo con sus propios métodos. Jim Davies, el masajista, lleva siete años con la empresa, y afirma que las grasas hay que eliminarlas dándole un corte general al cuerpo, sin valerse del recurso de las dietas, puesto que el secreto no consiste en rebajar, sino en transformar la estructura del cuerpo por medio de los alimentos que contienen energía.

"Por ejemplo,—dice Davies—si usted rebaja súbitamente, se le enflaquecerán el cuello y la cara. A veces una mujer tiene las caderas una pulgada más anchas que el busto, mientras que la cámara exige que sean una pugada menos para que los hombros no se le vean muy estrechos o la cintura demasiado ancha. Hay casos en que hasta las modelos profesionales, cuyos cuerpos se supone son perfectos, necesitan reformas radicales para poder aparecer ante las cámaras cinemáticas.

"Acabo de terminar un régimen de rebajar con una modelo que pesaba 130 libras. Ha rebajado tres pulgadas en las caderas y dos en la cintura, y parece que solamente pesa 115 libras, pero está en 125 y goza de buena salud",—nos dice.

Davies cree que Betty Grable posee el cuerpo mejor proporcionado del cine, aunque hay varias muchachas en los elencos, entre ellas Harriet Haddon y Lola Jensen, que se aproximan al patrón de la perfección física. Betty Grable patina y nada, además de hacer bailes fuertísimos para la pantalla.

EL gimnasio de la compañía Paramount está situado en un granero que Cecil B. DeMille utilizó para una de sus primeras películas, y que fué trasladado a los terrenos del estudio por razones sentimentales. En este local, Richard Kline y sus cuatro ayudantes cumplen sus deberes de entrenamiento físico de los artistas.

Kline se opone abiertamente al método de masaje y deja que sus pupilos hagan el ejercicio necesario, limitándose a enseñarles el arte del reposo muscular, ya casi olvidado por los hombres. "Si los músculos se educan de nuevo para que reposen aun cuando se esté trabajando,—dice—el consumo de energía será menor. Los niños y los animales hacen ejercicio siguiendo este método. Otros ejercicios sirven para rebajar las grasas, pues las secciones delgadas del cuerpo no se disminuyen, sino que se hacen más sólidas por medio de la gimnasia."

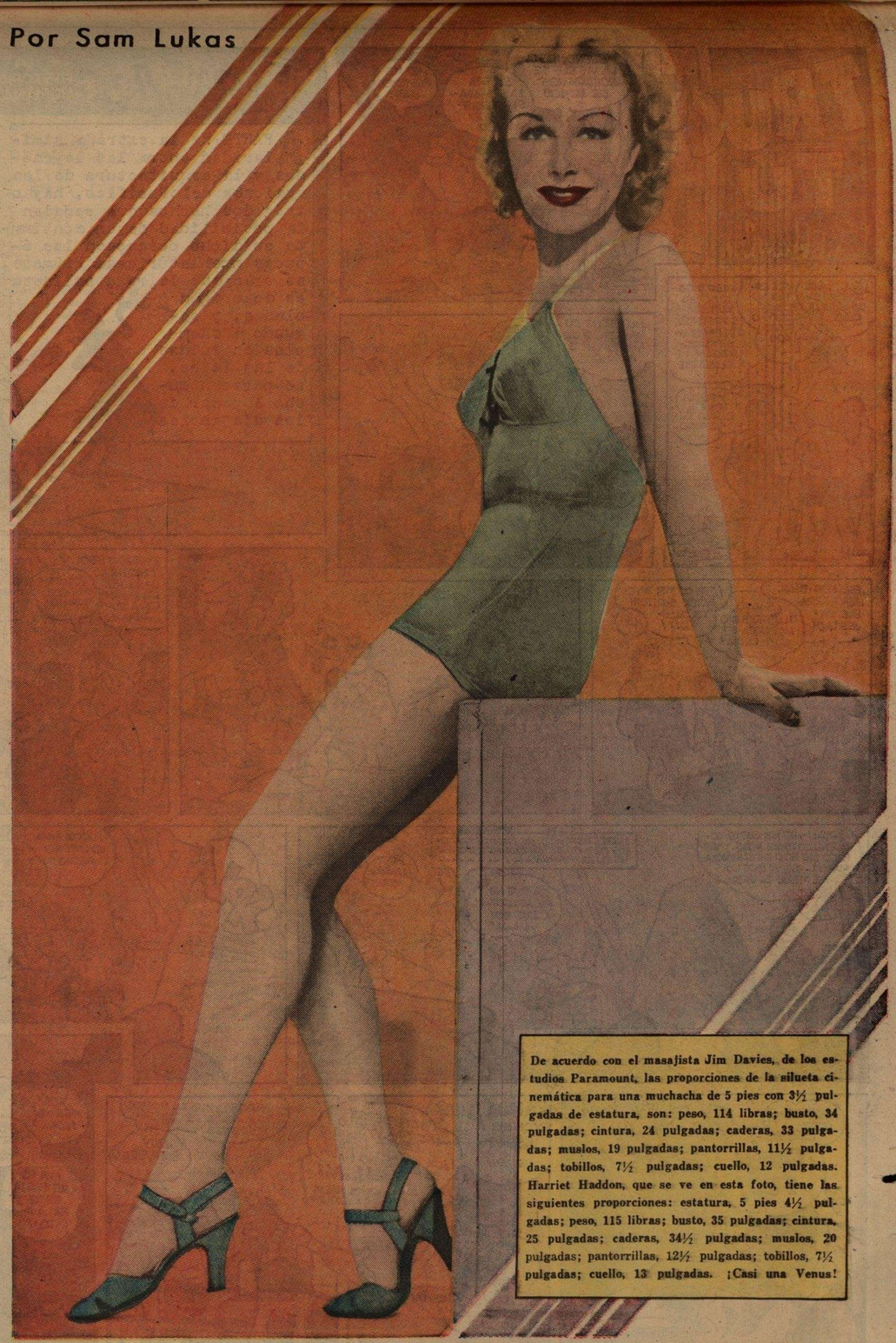
Olympe Bradna hace un fuerte ejercicio de dos horas y media con un cinturón mecánico para conservarse esbelta, desde que el estudio la ha separado de los bailes acrobáticos que la hicieron famosa en el lienzo.

DESDE luego que en el campo de las dietas se realizan muchos actos de brujería, pero hay que conceder que a veces se puede acertar sin causarle ningún daño a la salud.

Bárbara Hutton, la heredera de los millones de la familia Woolworth, pesaba en el 1929 unas 160 libras, a pesar de su estatura de cinco pies con tres pulgadas. Para conquistar al Príncipe Alexis Mdivani tuvo necesidad de transformarse en una mujer esbelta y sin grasas. Actualmente, la Hutton pesa 112 libras. ¿Cómo logró este milagro? A fuerza de dietas. Al principio todo marchaba bien. Después de divorciarse del Príncipe, casó con el Conde Haugwitz-Reventlow de Dinamarca, y al nacer el primer hijo de este matrimonio cayó gravemente enferma. Los médicos atribuyeron su debilidad orgánica a las dietas rigurosas que se había impuesto.

En cambio, hay un gran número de artistas de cine que han rebajado sin sufrir ningún daño físico. Joan Crawford, que era bastante regordita la primera vez que vino a Hollywood, es un ejemplo de lo que decimos. Al parecer, ha seguido los consejos de Lady Astor, vigilando los alimentos que toma para mantener la energía del cuerpo sin hacerse de grasas. En estos casos, el régimen dietético es un método de nutrición científica que más bien asegura el desarrollo perfecto de los músculos y la acumulación de reservas de energía para cuando el cuerpo se siente agotado por el exceso de trabajo o por la tensión nerviosa.

Háblele Vd. a las mujeres en general de seguir un sistema de alimentación conforme a las reglas de la ciencia moderna y se reirán a mandíbula batiente. En Hollywood tenemos infinidad de artistas que se conservan esbeltas haciendo sacrificios enormes. Una de ellas, muy connotada por cierto, sufrió hace pocos meses una fuerte enfermedad que casi la puso al borde de la muerte. Había tratado de antagonizar a la naturaleza, haciendo dietas rigurosísimas que la dejaron completamente débil. Los médicos declaran que cuando se llega a este estado físico, no hay que pensar sino en irse a un sanatorio a restablecer las fuerzas perdidas y a nutrir las células empobrecidas de la fisiología humana. Esto, aparte del efecto desastroso que a los nervios les causa el ayuno prolongado y caprichoso.



De acuerdo con el masajista Jim Davies, de los estudios Paramount, las proporciones de la silueta cinemática para una muchacha de 5 pies con 3½ pulgadas de estatura, son: peso, 114 libras; busto, 34 pulgadas; cintura, 24 pulgadas; caderas, 33 pulgadas; muslos, 19 pulgadas; pantorrillas, 11½ pulgadas; tobillos, 7½ pulgadas; cuello, 12 pulgadas. Harriet Haddon, que se ve en esta foto, tiene las siguientes proporciones: estatura, 5 pies 4½ pulgadas; peso, 115 libras; busto, 35 pulgadas; cintura, 25 pulgadas; caderas, 34½ pulgadas; muslos, 20 pulgadas; pantorrillas, 12½ pulgadas; tobillos, 7½ pulgadas; cuello, 13 pulgadas. ¡Casi una Venus!

Crónica de Hollywood

M.E.C.D. 2016

MINISTERIO DE CULTURA
SERVICIO NACIONAL DE PRENSA
HEMEROTECA

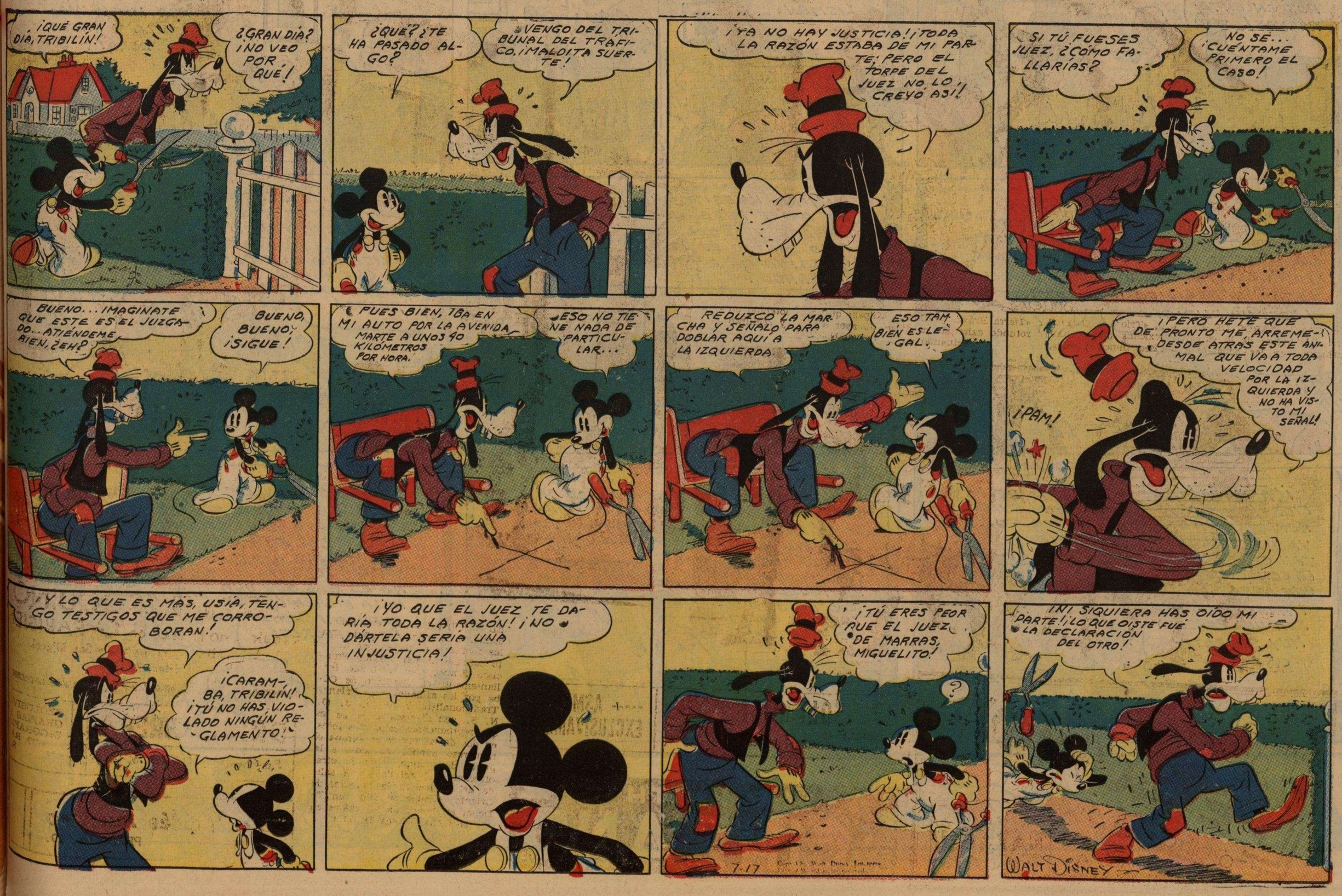
DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 24 DE JULIO DE 1938

NUEVAS AVENTURAS DE LOS 3 COCHINITOS POR WALT DISNEY

Copr. by Walt Disney Enterprises 1938 World rights reserved

EL RATON MIGUELITO



M.E.C.D. 2016

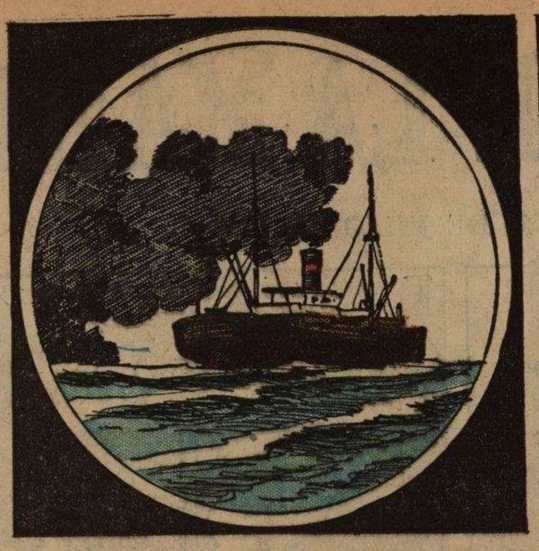
WONG-LO

POR

Registered U. S. Patent Office

BRANDON WALSH

DISFRAZANDO HÁBILMENTE EL RÁPIDO Y BIEN ARMADO BARCO, "TRITÓN", PARA QUE LOS PIRATAS NO LO RECONOZCAN, WONG LO PREPARA UNA TRAMPA Y ECHA A PIQUE A UNO DE LOS JUNCOS DE ELLOS, DESPUÉS DE LO CUAL NUESTROS AMIGOS SE DAN A LA FUGA, PERSEGUIDOS MUY DE CERCA POR LAS DEMÁS EMBARCACIONES DE CHANG HO.



¡ANOCHE TEMÍ QUE LOS HUBIÉRAMOS PERDIDO EN LA OSCURIDAD! ¡JURO, CHANG HO, QUE TIENES UNA VISTA DE LINCE!

¡LOS ENEMIGOS DE CHANG HO NO PUEDEN ESCAPARSE DE SU JUSTA CÓLERA!

¡ESTE MUSGO MAL OLIENTE NO SIRVE MÁS QUE PARA DESPEDIR HUMO! ¡WONG SE HA VUELTO LOCO!

¡SÍ, QUE HUELE MAL, PERO WONG DEBE SABER LO QUE HACE!

¡POR POCO NOS ALCANZA ESA ÚLTIMA GRANADA! ¡LOS CANALLAS ESTÁN...!

¡ESTÁ ESCLITO QUE LEJAMOS LA CUNA PALA EMPLENLEL UN AZALOSO VIAJE AL SEPULCLO!

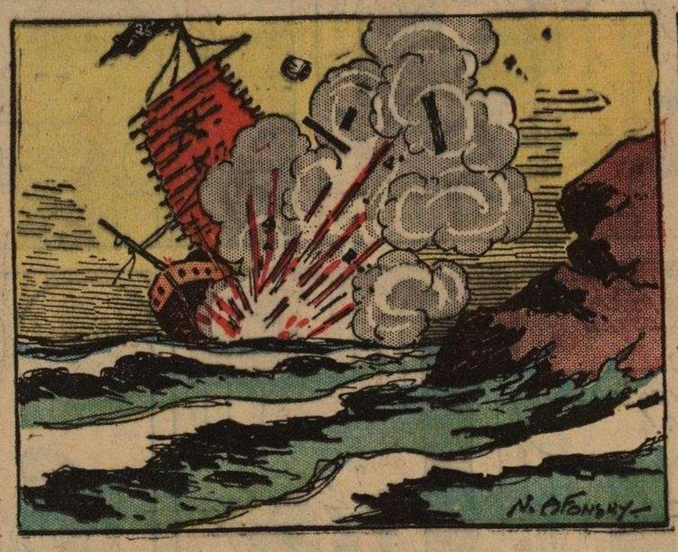
¡EL IDIOTA DE WONG LO SE CREE QUE VAMOS A SEGUIRLO ALREDEDOR DE LA ISLA! ¡OLVIDA QUE EL CIERVO NO PUEDE LIBRARSE DE LAS GARRAS DEL TIGRE!

¡MIREN! ¡QUÉ SORPRESA SE VA A LLEVAR CHANG HO AL ENTERARSE DE LO QUE HICIMOS ANOCHE!

¡NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA NI LEULA QUE NO SE PAGUE!

7-17

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.



¡YA HUYEN LOS COBARDES CON LAS OREJAS GACHAS Y EL RABO ENTRE LAS PIERNAS!

¡LEPETILAMENTE SE HA PLOCLAMALO QUE LOS MALVALOS SIEMPLE SON COBAL'LES Y QUE EL GATO ESCAL'LALO HASTA LEL AGUA FLIA HUYE!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh

¡POR FAVOR, QUERIDA, NO LLORES MÁS! ¡SI ANITA HUBIESE SUFRIDO ALGÚN ACCIDENTE, NOSOTROS SERÍAMOS LOS PRIMEROS EN ENTERARNOS!

¡PERO CUANDO PIENSO EN ELLA, SOLITA, DESVALIDA, SIN UN REAL...!

¡NO SEAS TAN PESIMISTA! ANITA ES VALIENTE Y TIENE UN CORAZÓN QUE REBOSA DE AMOR AL PRÓJIMO! ESAS CUALIDADES LA DEFENDERÁN COMO UN TALISMÁN.

¡YO SÉ QUE NO LE FALTA CONFIANZA NI VALOR, PERO ES UNA CRIATURA! ¡UNA CRIATURA INOCENTE A QUIEN HAN ACUSADO FALSAMENTE DE ROBO E INCENDIO! ¡DESAMPARADA POR MURMURADORES ESTÚPIDOS Y MALVADOS! ¡CUANDO PIENSO EN ESA VIEJA MALA Y HABLADORA!

¡ELLA ESTÁ PAGANDO CARO SUS CHISMES Y CALUMNIAS! ¡DESDE QUE ESOS DOS VAGOS CONFESARON HABER CAUSADO EL INCENDIO POR ACCIDENTE, LA SEÑORITA CUERVO NO SALE DE CASA! ¡HA RECIBIDO UNA LECCIÓN-DURÍSIMA!

¡MIRA, HUESITO! ¡VAMOS LLEGANDO A UN PUEBLO! ¡SÉ QUE TIENES HAMBRE Y SED Y ESTÁS CANSADO; PERO DENTRO DE POCO TODO SE ARREGLARÁ! ¡YA ME ESTABA PREOCUPANDO..

..PERO ME ACORDÉ DE QUE HAY MUCHA GENTE MÁS POBRE QUE NOSOTROS. ¡YO TENGO VEINTICINCO CENTAVOS Y TÚ UNA CHAPA DE LICENCIA QUE DEMUESTRA QUE VALES MÁS DE DOS PESOS!

¡CARAMBA! ¡QUÉ AGUA MÁS DELICIOSA! ¡SABE MEJOR QUE CUALQUIER REFRESCO! HE BEBIDO TANTO QUE YA NO TENGO SED, NI ME SIENTO TAN CANSADA. ¡OJALÁ CONOCIERA AL QUE ARREGLÓ ESTE MANANTIAL! ¡DEBE SER UNA PERSONA MUY SIMPÁTICA!

¿HAS PENSADO EN LA CANTIDAD DE GENTE BUENA QUE HAY EN EL MUNDO? SI YO ENCONTRARA AL QUE PUSO ESTE TUBO, SIN DUDA NO LO RECONOCERÍA PARA DARLE LAS GRACIAS; PERO A ÉL LE SERÍA IGUAL. ¡HA HECHO UN BIEN SÓLO POR EL GUSTO DE HACERLO!

7-17

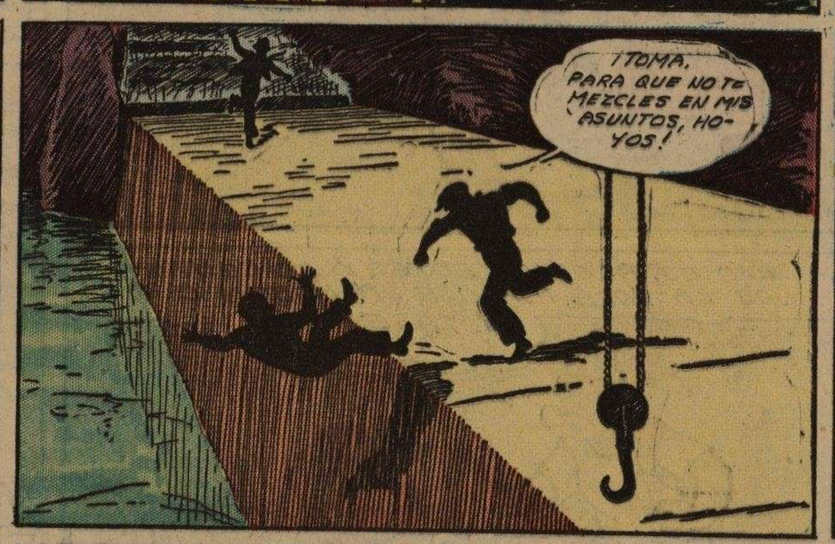
Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

POR ESO NO LE GUARDO RENCOR A LA SEÑORITA CUERVO. EL SEÑOR MARTÍN DICE QUE LA NATURALEZA PONE MALAS HIERBAS EN LOS JARDINES, PARA QUE SEPAMOS APRECIAR LAS LINDAS FLORES. ¡LA SEÑORITA CUERVO NO ES MÁS QUE UNA MALA HIERBA QUE SE ENFADA PORQUE NO DA FLORES!

N. AFONSKY

M.E.C.D. 2016

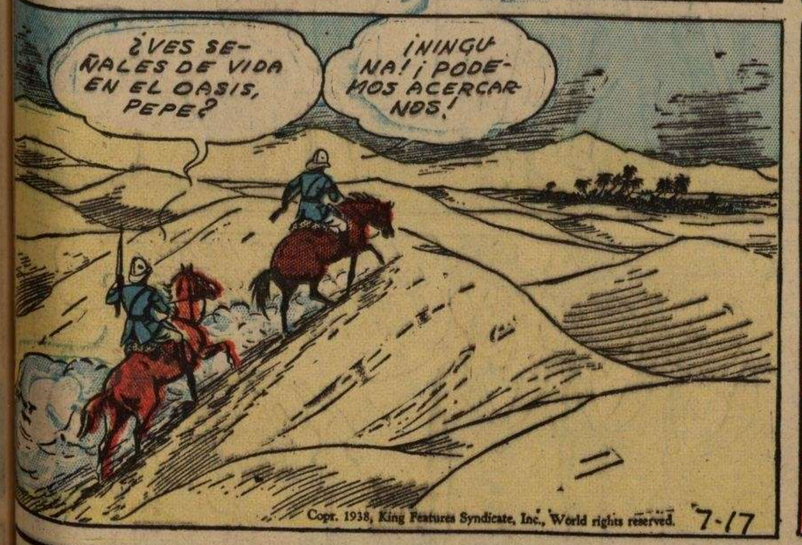
MODESTO RIZOS



AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

Lyman Young



M.E.C.D. 2016

SUPLEMENTO CÓMICO

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO CÓMICO

BOMBIN

¡CARAMBA! ¿DONDE HIZO TAN BUENA PESCA?

¡EN EL LAGO! ¡HAY UNA CANTIDAD FABULOSA DE TRUCHAS! ¡Y CÓMO PICAN!

Registered U. S. Patent Office.

SE ALQUILAN BOTES

¡EH! ¡LARGO DE AHÍ! ¡NO SE PERMITE PESCAR EN EL EMBARCADERO! ¡SOLO EN BOTES!

SE ALQUILAN BOTES

ESO ES. ALQUILO BOTES A 50 CENTAVOS LA HORA. ¡AFLOJE LA MOSCA O VÁYASE!

SE ALQUILAN BOTES

¡50 CENTAVOS LA HORA POR UN BOTE! ¡ES UN ROBO! ¡UN ASALTO DE DIA CLARO!

BASURERO PÚBLICO

7-17

¡PODRÁ PROHIBIRME PESCAR EN EL EMBARCADERO; PERO EL LAGO NO ES SUYO!

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

C.D.RUSSELL

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

SU ANUNCIO DICE QUE NECESITA UN HOMBRE SANDWICH QUE TRABAJE A COMISIÓN. ¿QUIERE EXPLICARMELO?

¡SI! ¡VENDO TRAJES MAGNIFICOS A LA MEDIDA, CON UN PANTALON DE REPUESTO POR $11.50! ¡LE PAGARÉ 10% DE COMISIÓN! ¡PUEDE GANARSE UNA FORTUNA!

YO DEBIERA GANAR DINERO CON ESTO...

TRAJES A LA MEDIDA CON DOS PANTALONES $11.50 SASTRERIA MAX

¿LE INTERESA COMPRARSE UN TRAJE FINISIMO CON DOS PANTALONES, A LA MEDIDA, ULTIMA MODA DE LONDRES POR SOLO $11.50?

TRAJES A LA MEDIDA CON DOS PANTALON $11.50 SASTRERIA MAX

¡NO! ¡Y LÁRGUESE DE AQUÍ, QUE NO ESTOY PARA TOMADURAS DE PELO!

¡HUM! ¡A VER SI EN LA FERIA PUEDO VENDER ALGO!

TRAJES A LA MEDIDA CON DOS PANTALON $11.50 SASTRERIA MAX

LOS 3 COMINOS -ENANOS-

¡MIREN QUE GANGA! ¡SÓLO POR $11.50!.. ¡APROVECHEN Y PÓNGANSE ELEGANTES!

¡NO! ¡NOSOTROS NO PAGAMOS NUNCA TANTO POR UN TRAJE! HABLE CON LOS DE LA CARPA DE ENFRENTE. PUEDE QUE ELLOS LE COMPREN.

¿QUIEREN COMPRAR UNOS TRAJES MAGNIFICOS CON DOS PANTALONES, POR SÓLO $11.50 CADA UNO?

¡¡SI!!

¡NATURALMENTE!

¡AL INSTANTE!

¡QUE NO SE NOS ESCAPE!

7-17

C.D.RUSSELL

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

¡LOS SEIS HERMANOS MASTODONTES! ¡CADA UNO QUIERE SEIS TRAJES!

¡GIGANTES DE CIRCO! ¡ME ARRUINAN!

M.E.C.D. 2016